LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.....	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI — NUM. XII.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 24 de Marzo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/,

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don E. Martinez de Velasco.—Un libro de Adolfo de Aguirre, por *Juan Gaspar*.—Necrología: el general Soria y Vargas.—Juan de Solonio: historia vulgar, por don José de Castro y Serrano.—El general Blaser y San Martin.—Un hecho loable.—Tipos de voluntarios madrileños.—María, canto épico, por *Lozano*.—La Semana Santa.—El doctor Livingstone, explorador del Africa central.—Mater Dolorosa, cuadro de Mr. Charles Verlat.—Libros nuevos, por don Emilio Huelin.—Lóndres: Fiestas públicas en honor del príncipe de Gales.—Traduccion de las inscripciones de las llaves llamadas de San Fernando, que se conservan en la catedral de Sevilla, por don Leon Carbonero y Sol.—Advertencia.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del general Blaser y San Martin.—Retrato del general Soria y Vargas.—Madrid: El cabo Eulalio Valls y Ruiz, deteniendo los caballos desbocados de un carruaje de Palacio.—Tipos y uniformes de la Milicia Nacional.—La Semana Santa.—Bellas Artes: Mater Dolorosa.—Lóndres: Interior de San Pablo, durante el servicio religioso por el restablecimiento del príncipe de Gales.—El doctor Livingstone, célebre explorador, extraviado en el Africa central.—Sevilla: Llave de San Fernando, existente en el relicario de la catedral.—Ajedrez.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

EXTERIOR.—RUSIA.—Alianza con los polacos y con Turquía.—ITALIA.—Alianza con el imperio aleman.—Un artículo de *L'Opinione*.—¡Infantería, caballería, artillería!—Apoteosis de Mazzini.—INGLATERRA.—Un meeting en Hyde-Park.—Los apuros de Mr. Odger.—Anexiones.—FRANCIA.—El arrepentimiento.—Rumores de complots.—Un dilema de *L'Ordre*.—Ley contra la Internacional.—Interpelacion de Monseñor Dupanloup.

INTERIOR.—Otra vez la coalicion.—Candidatos para diputados á Cortes.—¿Quién ve claro?

LA SEMANA SANTA.

La cuestion de alianzas es la que más preocupa ahora á diferentes naciones europeas.

Rusia, por ejemplo, acaba de realizar una evolucion inesperada.

Ella, el verdugo de Polonia, procura reconciliarse con los polacos, y entabla negociaciones con el general Levaschéff y otros jefes de la emigracion, en Paris y en Turquía, y éstos á su vez envian sus hijos á las filas del ejército ruso.

Ella tambien, que hace siglo y medio tiene fijas sus miradas en el testamento de Pedro el Grande, parece como que quiere renunciar de buena fé á sus aspiraciones tradicionales, y tiende visiblemente á estrechar alianza con la decrépita Turquía, con aquel *enfermo* agonizante cuya muerte próxima y herencia pingüe se anhelaban.

El Austria no disimula su inquietud; tampoco la oculta el nuevo imperio aleman, y una frialdad significativa se advierte hoy en las relaciones de los tres imperios, des-

Excmo. señor general D. Anselmo Blaser y San Martin (pág. 186).

pues de los banquetes y *toasts* entusiastas que señalaron en el mes de Diciembre último la recepcion hecha en San Petersburgo al príncipe Federico Cárlos, quien parece ser, desde hace algunos meses, el embajador extraordinario del emperador Guillermo, ó de M. de Bismarck.

⁂

Se pregunta tambien con insistencia si el viaje á Roma del vencedor en Sadowa y en Metz ha sido sencillamente un paseo de *touriste*, ó tenia otro objeto político de graves consecuencias: la alianza, por ejemplo, entre la Alemania y la Italia.

Y *L'Opinione*, órgano semi-oficial del gobierno italiano, no deja lugar á dudas en este asunto.

Pocos dias antes del nombramiento de M. Fournier para la embajada de Francia en Roma, publicó el citado periódico un artículo conminatorio contra la política francesa, y el tono ligeramente irónico de tal comunicacion oficiosa, autoriza á creer que, si no existe un escrito, hay por lo ménos promesas eventuales entre el rey Víctor Manuel y el príncipe Federico Cárlos.

«No vemos la necesidad—dice *L'Opinione* entre otras cosas—de la fantasmagoría *sic* de tratados de alianza estipulados y ratificados entre la Alemania y la Italia, para saber á ciencia cierta que existe entre los dos pueblos una conformidad de ideas que asegura y consolida sus buenas relaciones.

»La causa de la libertad y de la civilizacion obtendrá muchas ganancias con estas cordiales relaciones, y más todavía la causa de la paz europea. En casos dados, quizás defenderemos una causa comun, contra un enemigo tambien comun.»

«¿Por qué hemos de negar—concluye el periódico italiano—que esperamos de este viaje excelentes frutos *cda questo viaggio attendiamo ottimi frutti*—palabras textuales—para las relaciones mútuas entre los dos Estados estrechamente unidos por intereses recíprocos, y á los cuales ningun antagonismo político podrá separar?»

A guisa de comentario, no es inútil recordar aquí las palabras pronunciadas por uno de los jefes de la izquierda de la Cámara, M. Crispi, entre frenéticos aplausos de diputados de diferentes fracciones políticas.

—Italia no debe tener—decia M. Crispi—sino una preocupacion: ¡*ejército! ¡ejército! ¡ejército!*

Como dijo el otro: ¡infantería, caballería, artillería!

⁂

A la misma hora en que la Asamblea francesa votaba una ley contra la Internacional, y en Alemania se comenzaba el proceso contra los socialistas Bebel, Liebknecht y Hepner, y se celebraba en Lóndres, en Hyde-Park, un meeting de veinte mil revolucionarios, para quemar solemnemente un *bill* votado por la Cámara de los Comunes,—el Parlamento italiano ofrecia al mundo la apoteosis de la revolucion.

Mazzini, el proscripto ántes de su muerte; que penetra en Italia con nombre supuesto para exhalar bajo el cielo de la patria su último suspiro; condenado á la última pena en Francia y en Italia, y excluido dos veces del Parlamento;—Mazzini, el gran agitador y conspirador, la personificacion de la moderna revolucion demagógica, el maldito ayer, viene á ser hoy, despues de su muerte, un héroe á quien se conceden los honores del triunfo.

Vivo, habria sido arrestado por la policía; muerto, se hace su apoteosis.

La Cámara de los diputados toma parte en el duelo; todas las fracciones de la Asamblea expresan su sentimiento; el presidente pronuncia un elogio fúnebre, y por voto unánime se le concede un brillante testimonio de simpatía.

Señalamos sin comentarios esta extraña contradiccion, verdadera antítesis política que no se comprende.

Porque Mazzini, el padre del cosmopolitismo demagógico, del internacionalismo revolucionario, aunque haya desaprobado, pocos meses hace, los excesos de la Internacional, él ha sido el creador involuntario, el inspirador inconsciente de esta asociacion terrible.

Y el Parlamento italiano, que ciñe con coronas de laureles el busto de Mazzini, se prepara al mismo tiempo á adoptar medidas de rigor contra los internacionalistas italianos.

¡Extraño caso!

⁂

Ya hemos indicado en las primeras líneas del párrafo anterior que acaba de celebrarse en Hyde-Park una demostracion imponente.

Las sociedades obreras de Lóndres se dieron cita, en el penúltimo domingo, para aquel punto, con el objeto de protestar contra el nuevo *bill* que el gobierno inglés propuso, y la Cámara de los Comunes ha aprobado, prohibiendo los *meetings* en los parques reales.

Mr. Odger, el popular agitador, que pasa la vida organizando demostraciones semejantes, fué el actor principal en aquella comedia, durante la cual se pronunciaron apasionados discursos contra el gobierno, «que atenta, dijo Mr. Odger, contra las libertades patrias,»—porque en tal *bill*, que tanto disgusta á los demócratas de Inglaterra, se cuciera una restruccion al derecho de reunion, consignado en la Carta inglesa.

Pero Mr. Odger no ha sido tan dichoso á los pocos dias en Kingston-sur-Thames, cerca de Lóndres.

Quiso dar una conferencia acerca de la Cámara de los Pares, y tropezó con adversarios dignos, que le interrumpian á cada momento con demostraciones de desagrado, mientras grupos tumultuosos se formaban en la puerta de la sala donde la conferencia se celebraba, que cantaban el aire nacional *God Bless the Prince of Wales*, y se proponian jugar al orador una mala partida.

Mr. Odger fué prudente, y no salió por la puerta de entrada: para no exponerse á las iras de los realistas de Kingston, se escapó por el tejado.

La conferencia tuvo desenlace de sainete.

⁂

El ministerio colonial de Inglaterra acaba de hacer algunas anexiones territoriales, que ni Francia, ni Alemania, ni Rusia mirarán con buenos ojos.

Una en el Africa meridional, del terreno diamantífero de los Griquas, pedida por los colonos y áun por los jefes de los cafres, segun se dice, con el pretexto de mantener el órden entre el número, cada vez mayor, de los buscadores de diamantes, y proteger contra sus demasías á los habitantes de las fronteras.

Otra, de las islas Fiji, en el Océano Pacífico, cuya soberanía habia sido ofrecida á la colonia de la nueva Gales del Sud: la madre patria ha intervenido en el asunto, y reclama la anexion.

Y la tercera, de la colonia holandesa de Elmina, sobre las costas occidentales de la Guinea, ya efectuada con aprobacion de las Cámaras holandesas.

Aun se habla de la anexion del territorio de Loosbai, del cual no se conocia ni siquiera el nombre hace algunas semanas.

Francia, en verdad, no está ahora para oponerse á las anexiones que efectua Inglaterra, *no dictados por espíritu de conquista*,—segun se expresa *The Times*,—sino á la fuerza, y contra su propia voluntad.

⁂

Un hecho muy notable ocurre actualmente en Francia.

Esos ilustres escritores que forman la vanguardia de la revolucion intelectual, esos corifeos de los *libre-pensadores* de todo el mundo, ejecutan en estos instantes un movimiento de retroceso.

La horrible y desgraciada guerra de 1870, y el reinado, más horrible todavía, de la *Commune* de Paris, ha venido á ser el camino de Damasco, digámoslo así, de los apóstoles del libre pensamiento.

Como si ellos tambien hubiesen oido aquella voz tonante y milagrosa:

«*Saule, Saule, ¿quid persequeris me?*»

En la *Revue des Deux Mondes* hemos leido estos párrafos:

«... Nosotros pensamos ahora, sometiéndonos dócilmente á la verdad, que la bancarota de la revolucion francesa es un hecho cumplido, irrevocable.

En 1848, teníamos aún bastante fé en nuestros principios, para encolerizarnos contra los insensatos que los comprometian: hoy, la adhesion que nos inspiran esos mismos principios, se asemeja bastante al embarazo que sentimos por no saber con cuáles otros reemplazarlos, y á la vergüenza de confesar que nos han engañado.

De cualquier manera que se considere, el aborto ha sido completo: el hijo que la revolucion ha dado al mundo, mamando con la leche de su madre un virus venenoso, muere con lo que le ha hecho vivir, y vivió con lo que le hace morir...»

La bancarota de la revolucion francesa—frase escrita en la *Revue des Deux Mondes*, órgano el más autorizado, y con justicia, de los *libre-pensadores*—encierra una idea que ni el mismo conde de Maistre, llamado por algunos *intolerante ultramontano*, se hubiera atrevido á apuntar.

Al mismo tiempo que la *Revue des Deux Mondes* proclamaba, en términos tan enérgicos, el aborto de la revolucion, M. Renan, el impío autor de la *Vida de Jesus*, escribia su libro sobre la *Reforma intelectual y moral*, y declaraba sin rebozo, despues de señalar las faltas, los errores y los crímenes de los innovadores de 1789 y de los revolucionarios de 1792, que la supresion de la monarquía fué un verdadero suicidio para la Francia.

Impresionado tambien por los sucesos citados, M. Littré, el profeta y apóstol del positivismo, comenzaba la interminable serie de sus *retractaciones*.

«Algunos—dice—creyeron que la proclamacion de la república el 4 de Setiembre ejerceria cierta influencia sobre los planes preconcebidos por los prusianos; pero no ejerció ninguna. Otros piensan que la duracion de la república produciría un efecto considerable en la opinion y en la política europeas; mas esto hubiese sido verosímil en el período que comienza en 1815 y ha terminado en 1870; hoy no lo es.

Se ha contado con los pueblos y con los gobiernos, pero no con las razas.

¿Qué resultará de la intrusion de este nuevo elemento, en pugna con las evoluciones naturales de la civilizacion?

Este es el problema de solucion más próxima, el que más interesa á Europa, el que convierte, por su magnitud, en problemas secundarios, ya las agitaciones del socialismo, ya el establecimiento de la república en Francia.»

Otro más. M. Vacherot, el metafísico de la democracia, el excomulgado por los republicanos, tratado por Gambetta de *pauvre homme* en *La Republique Française*, responde al ex-dictador, no sin profunda melancolía, que él se apresurará á abrir los libros filosóficos el dia en que la situacion de la patria lo deje en libertad para p... en otra cosa que en su salvacion.

«*Pauvre homme*, como vos decis—escribe M. Va... rot,—extraño filósofo en verdad: porque no encuentro en mi pecho bastante indignacion y bastante cólera ... una insurreccion que comenzó por asesinatos infames, ha concluido con la ejecucion de los rehenes y con ... cendio.»

M. Vacherot, en la *exasperacion de su miedo*, ... en fin que la disolucion de la Guardia nacional fr... ha sido la más sábia medida dictada por la Asamblea ... Versalles.

Esto dicen ahora, despues de la *Commune*, los *libre-pensadores*, esos hombres que han estado siempre á la cabeza del movimiento, que le han impulsado y precipitado, que han arrancado al pueblo sus creencias con teorías ... dicales y negativas.

Ahí están, en presencia de las convulsiones revolucionarias y socialistas, cuyos primeros gérmenes sembraron ellos mismos, retrocediendo ahora desalentados y ... tecidos, y hasta repudiando la sangrienta herencia de la revolucion francesa.

¡Qué enseñanza para las nuevas generaciones!

⁂

De rumores de complot bonapartista se hacen eco ... diferentes periódicos de los departamentos franceses.

Le Journal de Lyon habla de medidas tomadas por las autoridades militares en las provincias del Este; *Le Tinelle du Jura* cuenta que en la noche del sábado al domingo, 17 del corriente, los soldados de Besançon se vieron sobre las armas, las guardias fueron reforzadas, vigilancia exquisita; *Le Courrier des Alpes* da noticia de una bien organizada conspiracion, que tiene por objeto la restauracion de Napoleon III; *Le Petit Lyonnais* asegura que los bonapartistas preparan un golpe de mano sobre Lyon y otras poblaciones del Mediodía, etc., etc.

Y el *Diario oficial* de M. Thiers continúa guardando silencio.

«¿Qué quiere decir esto?—pregunta enojado, y con razon, el periódico *L'Ordre*, órgano de los bonapartistas franceses.

De dos cosas una: ó hay complots, ó nó.

Si no los hay, y esto es lo cierto, el gobierno está en el deber de desmentir terminantemente aquellos rumores para calmar la inquietud que han producido en los ánimos; si los hay, que se diga, que sean descubiertos los conspiradores, que se les forme causa, que se les castigue en fin, si merecen penas.»

Tiene razon el diario bonapartista; pero M. Thiers no parece que no está de ese modo de pensar.

¿Le conviene *hacer miedo*, ó es que realmente ... *miedo* en las altas regiones de Versalles?

⁂

Entre tanto, la ley contra la Internacional ha sido votada por la Asamblea francesa, con algunas modificaciones.

En el artículo segundo, en lugar de las palabras «*s'applique*, que la comision escribió, la cámara ha escrito «*aura fait acte d'affilié*», lo cual es ménos concreto, y más restrictivo: tambien ha sido suprimido el artículo cuarto (establecia que todos los franceses pertenecientes á la Internacional, serian considerados como desertores de su cualidad de franceses), sustituyéndolo con otro, en virtud del cual los internacionalistas franceses quedan sujetos á la vigilancia de la autoridad, por cinco ó diez años.

Pero si el legislador abriga la esperanza de que una semejante medida contrariar la marcha de la Internacional, que es la *invasion permanente*—como la define exacta apreciacion el diputado M. Ducarre, en el curso de los debates,—á cualquiera se le ocurre pensar que se tome á ser sino arma inútil, de puro lujo, para la sociedad amenazada.

Más servicios prestarian los instrumentos de trabajo en las manos de las clases obreras.

⁂

Ayer debió explanar, en la Asamblea francesa, una interpelacion sobre la cuestion de Roma, el ilustre obispo de Orleans, monseñor Dupanloup.

Al ver la actitud del gobierno francés ante las bravuconadas de Pio IX, el elocuente prelado llama á juicio á M. Thiers, le pide explicaciones, defiende el poder temporal del Papa, y quiere probar que las desgracias de Francia están íntimamente unidas con las desgracias de los Pontífices.

Pero el presidente de la república francesa, siempre veleidoso, siempre irresoluto, es casi seguro que mostrará indiferencia la palabra elocuente y persuasiva del ilustre y piadoso obispo.

¿Cuál será la actitud de la Cámara?

⁂

Otra vez tenemos que hablar de la coalicion, tema incesante que preocupa á los políticos españoles.

Acércanse los dias de elecciones, y todos los partidos ministeriales y coligados, se aprestan al combate con ardorosos brios.

Si oimos á aquellos, la coalicion es una quimera, una teoría monstruosa que no puede tener aplicacion práctica: si oimos á los coligados, es un hecho cumplido y patriótico, cuyos buenos resultados no se harán esperar mucho tiempo.

Recordando el éxito que lograron las coaliciones de 1843 y de 1868, no puede decirse lo primero: recordando al mismo tiempo los pobres frutos que produjeron aquellas, el ánimo duda cuando se trata de afirmar lo segundo.

Á la coalicion de 1843, siguió una era de trastornos y revueltas que dieron por resultado, ademas de muchísimas desgracias, el destronamiento de doña Isabel II; á la coalicion de 1868, principio de los *tiempos de ventura*, ha seguido una era de desconcierto administrativo y político, de empréstitos ruinosos y de *puntos negros*.

¿Qué seguirá á la coalicion de 1872?

Ello es que los partidos coligados presentan en todos los distritos sus hombres más importantes: Arrazola, Lerdo, el conde de Toreno y otros no ménos distinguidos, por parte de los leales partidarios del príncipe don Alfonso; Nocedal, La Hoz, Villa-Alegre, por los carlistas; Ruiz Zorrilla, Martos, Fernandez de Córdova, por los radicales; Castelar, Figueras, Orense, por los republicanos.

Tambien al lado del gobierno aparecen hombres como Olózaga, Topete y Rios Rosas.

Cercano está ya el dia de las elecciones, y entónces sabremos á qué atenernos; mas desde luego puede asegurarse que si se cumplen en las provincias los acuerdos del Comité central de la coalicion, y aquellas se hacen con legalidad, el triunfo del gobierno es bien dudoso.

Y despues?

Pero ¿quién ve *claro* á través de las espesas nubes que se amontonan en el horizonte?

⁂

Demos tregua á los pensamientos profanos.

La Iglesia conmemora en estos dias la pasion y muerte de Jesucristo, la institucion de la Eucaristía, la redencion del mundo—esos hechos grandiosos y consoladores misterios que constituyen, si podemos decirlo así, la base fundamental de nuestra religion sacrosanta.

E. MARTINEZ DE VELASCO.

22 de Marzo de 1872.

UN LIBRO DE ADOLFO DE AGUIRRE.

Es privilegio de algunos ingenios, de pocos, el de florecer y fructificar entre afanes y cuotidianas ocupaciones, harto opuestas á la soltura y libre empleo de las facultades imaginativas, como es privilegio de ciertos caractéres el de conservar á despecho de años y experiencia aquella blandura de entrañas, y el agrado y tolerancia peculiares del ánimo y virgen confianza de la juventud.

Las producciones de tales ingenios son escasas, pero de calidad excelente. Faltos de espacio y desahogo para ceder sin resistir á cada sucesivo impulso de su natural y nunca dormida inclinacion; condenados á perpétua vela para no desfallecer; yéndose hácia el cuan que los llama: descuidadas ó puestas en olvido las graves tareas de la profesion necesaria, ya impuesta ó ya escogida, únicamente á largos intervalos y por momentos breves, ó en instantes en que la vocacion pristina y espontánea surge imperiosa y rebelde sobrepuesta á cualquiera otra consideracion de necesidad ó de conveniencia, obedecen al nunen que los conquista y martiriza, al númen,—aficion le llama la prosa comun de la vida,—lorcedor constante, fuente continua de sobresaltos, alegrías y tristezas.

Tal estado de permanente contradiccion y violencia concentra, á no dudar, y depura las facultades creadoras del espíritu. Consérvanse exentas del uso desordenado y caprichoso que las enerva y pervierte, del abuso que las debilita y agota. No las tienta el ocio á malgastarse en asuntos triviales ó indignos, ni el hastío las extravía por caminos desesperados de perdicion segura. Su oculta y repetida accion sobre un asunto produce evidentes efectos de pulimento y lima: de suerte que en obras que parecian de ocio y de recreo, vienen á resaltar dos cualidades que, en el concepto comun sentir de los maestros, no se adquieren sino á precio de constante y exclusivo estudio y de continuado ejercicio de la profesion literaria, á saber: el buen gusto y el estilo.

Por tal manera, y á sombra de la generosa y alta profesion del foro, descansando breves intervalos en la voz cariñosa de las letras del rudo batallar contra los malos y desassosegada defensa de los buenos, reducíendo á pocas páginas, recogiendo en artículos breves el vagar perseverante de su imaginacion, imprimiéndolos en periódicos políticos, donde la literatura parece adorno poético, rara vez fija al leyente, ni huella y marca la memoria: suscribiéndolos con dos simples iniciales porque su natural nobleza le vedaba el anónimo, al par que su modestia se azoraba de la publicidad de la firma entera: un ingenio del apellido y de las condiciones dichas ha venido lentamente dando á ser á las hojas de un libro: el cual sale á luz con el título de *Excursiones y recuerdos* (1), y de que conviene tengan noticia los numerosos é inteligentes lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Confiesa Taine, en alguno de sus amenos y profundos escritos de crítica, cuán gratas le son estas colecciones de artículos, á causa de su variedad y de la independencia y cabal libertad que al lector dejan de tomarlas por el medio, por el fin ó por el principio, á sabor y merced de su capricho. Acaso hay más humor que verdad en las palabras del filósofo; porque si el ingenio-autor es ingenio de buena casta, su mayor atractivo consistirá en la unidad perfecta impuesta por su poderoso estilo á los asuntos más diversos y entre sí extraños, y de la supuesta licencia no hará el curioso otro uso que el de emplearla en correr el libro hasta apurar su lectura, como necesita por donde quiera.

En *Excursiones y recuerdos* hay otra unidad, ó más bien causa de unidad, diversa de la originada por la personalidad y peculiar manera del escritor: la unidad de una vida regular, ordenada, regida por un espíritu austero consigo mismo, sujeto constantemente á la sana disciplina del deber. Nunca se irrita, á pesar de ser, como todo pueda excelente, femenino y nervioso en la delicadeza y prolijidad del sentir: jamás protesta contra lo que es fatal y necesario, áun cuando sea cruel y doloroso. Nunca suelta la pluma de aburrido ó desengañado. Si llega conmovido y triste al cabo de un capítulo, su emocion y su tristeza contagian el alma, pero no la amargan ni la enervan: parecen como la nube húmeda y la bruma crepuscular, que no empañan la natural hermosura del dia ni malan su luz: son accidentes humanos aceptados de buena voluntad, y con viril entereza y compostura sufridos.

Más aún: á semejanza del estoico antiguo, no consiente que las contracciones del martirio interno trasciendan fuera y perturben la serenidad augusta del semblante humano, si ya no es que obediente á la casta vergüenza del dolor, como lo son todavía ciertas razas primitivas y no viciadas, cuando su dolor pasa los límites de la resistencia posible y se sobrepone á la voluntad, huye del público y lo esconde en sombra solitaria y remoto silencio.

Esa unidad, si dá luz sobre las condiciones del escritor, la dá áun más viva y poderosa acerca del carácter del hombre. Asunto vedado, del cual cumple únicamente señalar cuánto contribuye al agrado e interes de lo escrito.

La suma libertad que considera lícita no pasa de cierta melancolía en la frase, bastante á indicar el estado del espíritu, sin tolerarse revelaciones, que son de peligroso ejemplo y mal consejo para almas inexpertas y crédulas. Ese dominio constante sobre la pluma y la palabra, esa paz en cuya niebla diáfana se traparentan la sangre y el tumulto de la guerra, sin dejar percibir el horror de sus heridas y clamores, nace de un don inestimable y raro que nuestro autor posee: el de saber mirar al cielo. Mirar al cielo, no para pretender explicar los misterios de su azul esfera con nebulosas y turbias declamaciones: no para apostrofarle en períodos de música sonora y vacía: para recoger con dóciles manos y corazon agradecido sus favores, los bienes positivos y las dulces compensaciones que vierte sin cesar esa fuente inagotable de consuelos y enseñanzas.

El encanto de este autor consiste en su propia llaneza. Piensa y siente como puede pensar y sentir cualquier semejante suyo: no sale de la esfera activa en que el alma humana padece y discurre; pero esta que parece limitacion, prueba justamente una vez más la riqueza de poesía atesorada dentro de tales límites, vago espacio donde bullen y se renuevan los modos infinitos y diversos de la sensacion y de la idea. Puesto el lector en presencia de los asuntos que inspiran á Aguirre y mueven su pluma, ó no diria nada, ó hablaria de muy diferente manera: sin embargo, despues de haber leido, ó mientras lee lo que Aguirre ha escrito, entrase de tal modo en la corriente de su razonamiento, que imágenes y sentencias no parecen traidas por extraña mano, sino espontáneamente aparecidas al pensamiento leyente. Esto se llama vida en las letras; y cuando esta condicion existe, sin la cual no hay númen, ni vena, ni arte, ni escritor, en suma, el lector no lee, sino que imagina; no aprende ó se distrae, sino que crea; no recorre el libro, sino que le escribe, y como de obra propia se encariña de él y no le suelta sin concluirle.

Ahora advierto que voy entrando en juicios del autor y de su obra, sin haber dado cuenta como debia del argumento y disposicion de ella. Pero áun es tiempo de reparar mi descuido.

Las excursiones de Aguirre comienzan, como las de todo aquel que sintió temprano esa fiebre de las almas expansivas y ambientes, por regiones distantes y extranjeras. ¡Qué humano es esto! Lo que nos rodea y afane no cobra importancia á nuestros ojos, lo *cale*, mientras el afan de lo remoto y entrevisto entre los vislumbres de la gloria y las ponderaciones de la fama ocupa entero el ánimo ambicioso, y no deja ojos, ni voluntad, ni entrañas libres para buscar, ver y amar lo inmediato y familiar y oscuro. En la vida como en pintura es difícil *ver*, arte que se aprende, facultad que se adquiere con el ejercicio, la aplicacion y la costumbre. El nacimiento y el ocaso sublimes del sol en los mares patrios, son espectáculos cuya grandeza y hermosura fueron revelados acaso por las misteriosas auroras del Adriático, por el ardiente crepúsculo vespertino en las aguas de Nápoles; más de un vagabundo habrá hollado indiferente los azules minosotis en las márgenes de los arroyos cántabros, hasta haber compadecido á la aterida florecilla que le miraba tras de un tenue cristal de hielo en las solitarias asperezas de los Alpes; y áun el nombre del blanco menúfar flotante en los remansos de los cauces ignorados, hasta que se lo reveló el paisaje de algun poeta, como este de Alfred de Musset:

Lorsque le jour plisse à la source vivante
et sous les roseaux frais se cache pour dormir,
elle reste un miroir des nuitses sur sa pente,
et semble longtemps pleurer ses beaux cheveux.

En Italia, pues, inaugura Aguirre su libro en Roma, norte de aspiraciones y deseos, desde que apenas suelto en el habla nativa se nos recomienda y enseña como superior y maestra la lengua que Roma hablaba, desde que la imaginacion infantil compendia sus ideas confusas y generosas de heroismo, gloria y grandezas de toda especie, en el mundo romano resucitado, ó mejor, perpétuamente conservado vivo por sortilegio de una hueste de portentosos hechiceros: Julio César que retrata al soldado; Horacio y Marcial que pintan monumentos y banquetes; Ovidio, que aunque castamente expurgado por la mano solícita del padre escolapio ó el docto jesuita, todavía destila amorosas tristezas que el alma juvenil bebe ansiosa.

Y es de sentir que nuestro autor no escribiera, ó que si lo escribió lo reservase, algo de lo visto y oido en sus jornadas por la alta Italia; porque justamente en los dias de su paso—año de 1870—hervia aquella region en armas: entregada al azar de las batallas no ya la independencia de este ó el otro territorio, sino la suerte de pueblos y dinastías, y ciega ó forzosamente aceptado por los soberanos el lance dudoso que la revolucion les ofrecia.

El título de cada uno de los dos capítulos que dedica á la gran ciudad, *urbi*, y á sus cercanías, *agro*, indica con sobrada claridad lo que le absorbe en tan deseada y fecunda visita. *El Carnaval en Roma*, esto es, las gentílicas memorias dentro de la capital cristiana, el eco débil, insensato, febril de aquel clamor tremebundo y gigantesco en que el pueblo de los Fabios exhalaba su regocijo interno, el sentimiento orgulloso de su poder y sus victorias, y que resonaba incomprensible y espantoso en el universo vencido y esclavo. *La cruz de Tusculo*, esto es, el símbolo nuevo, instrumento de suplicio, alzado sobre el genio antiguo, instrumento de gloria: no dice otra cosa la voz Tusculo á todo oido culto en los ánimos civilizados de la tierra. No supone un lugar más ó ménos pintoresco, más ó ménos rico en reliquias artísticas; habla de *los Tusculanos*, y con este apellido de una de las especulaciones filosóficas ciceronianas resucita la figura completa del inmortal orador, que si no personifica el valor militar romano, es la cifra del civismo y la elocuencia, de la sabiduría antigua, del genio tutelar y potente de la soberbia Roma.

Vuelto de Italia, se dice el escritor que las imágenes de la infancia, que los personajes de la tierra nativa, sus costumbres y su historia, merecen el primer lugar en la adoracion del hombre: que aquellas impresiones lentamente acumuladas á compás del vivir, son argumento propio y materia digna del arte; que la voz de la poesía resuena constantemente en la creacion, inquieta y deseosa, como de abrigo el pájaro enfermo, de almas que la escuchen y se dejen arrullar por ella; que el gérmen y centro de toda inspiracion, el corazon humano, late con iguales vibraciones, expuesto á iguales extravíos y amenazado de idénticos tormentos bajo el techo del caserío vizcaino, que bajo los dóricos portales de Atenas; y que los mudos coloquios de su espíritu con los innumerables objetos que desde su nacer le rodearon, familia, amigos, hogar, libros, armas, séres irracionales, árboles, montes, aguas, nacidos de igual causa, de igual orígen que la alta inspiracion del más célebre poeta, y la especulacion vasta del más eminente filósofo, han de cumplir igual destino, el de parecer á la luz del mundo arrastrando azares, desden, indiferencia, sarcasmos acaso, acaso acerbas censuras, para llegar en punto y hora providencialmente señalados, á unos ojos,

(1) Un tomo en 8.º de 307 páginas, impreso en Bilbao, en la imprenta, litografía y librería de Juan E. Delmas, Correo, 24, y Iturribarria, 7.—Año de 1871.

á unos oidos, á un corazon necesitado de aquella palabra ó aquella idea, y amansar su dolor, provocar su sonrisa, limpiar sus nublados celajes, despertar sus dormidos propósitos, y tal vez el númen literario y la vocacion incierta y confusa.

JUAN GARCÍA.

[Madrid.]

NECROLOGÍA.

EL GENERAL SORIA Y VARGAS.

Bien merece ocupar un puesto dignísimo, en la galería biográfica de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, el retrato (que publicamos en esta página) del Excmo. señor don Manuel de Soria y Vargas, teniente general del ejército español, y veterano ilustre de la guerra de la Independencia.

En Granada nació, á 9 de Octubre de 1788, y acaba de fallecer en esta corte, á los 83 años cumplidos, con 68 años, dos meses y dos dias de servicios efectivos: esto hace su mayor elogio, porque revela una larga vida en servicio de la patria.

Como cadete de infantería, ingresó en el regimiento de Burgos, en diciembre de 1803; ascendió á subteniente en 1806, y pasó al Real cuerpo de Ingenieros, despues de ser aprobado en exámenes generales, en Mayo de 1808, cuando ya se habia realizado el heróico levantamiento del pueblo madrileño contra las soberbias huestes de Napoleon Bonaparte.

Excmo. señor general D. Manuel de Soria y Vargas.

Soria, con trescientos soldados que pudo reunir, procedentes de los dispersos de la guarnicion de Madrid, se dirigió á Aragon, y tomó parte en las acciones de Epila y Villafeliche, distinguiéndose sobremanera en esta última, y mereciendo ser ascendido en este mismo año á teniente, y luego á capitan de infantería. —En 1809, hallóse en el combate de Tudela y en el segundo sitio de la inmortal Zaragoza; en 1810, concurrió á los hechos de armas de Villafranca del Panadés, de Esparraguera, de Manresa, de Margalet y otros; y en [illegible] cayó prisionero en la plaza de Tarragona y fué conducido á Francia y encerrado sucesivamente en los fuertes de Lourdes, Grilles y Montpeller.

Regresó á España despues de la [illegible] general, en 1815, y fué destinado al regimiento de Astúrias, á la sazon de guarnicion en Granada, en cuyo punto permaneció hasta 1821; pero en este último año se dirigió á Nueva España, asistió al cerco de Vera-Cruz hasta su conclusion, y regresó á la península en 1822, despues de la muerte del virey don Juan O'Donojú.

Era ya brigadier en 1833; y cuando el año siguiente estalló la guerra civil, fué destinado al ejército de operaciones del Norte, con el cargo de jefe de la plana mayor, á las órdenes del general Quesada, tomando parte en todos los difíciles y arriesgados movimientos y combates del citado ejército.

En 1836, cuando el gran peligro que el trono de doña Isabel II apareció en Aragon y Valencia por la audacia de las facciones que acaudillaban Cabrera, Quilez, Forcadell, el Serrador y otros caudillas carlistas, fué creado el ejército del Centro, y dióse al brigadier Soria el mando de la primera division del mismo. El 1 de Agosto del citado año atacó á las fuerzas de Quilez en el pueblo de Forcanete, y despues de un combate de varias horas, sostenido con igual bravura por ambas partes, fué derrotado el [illegible] becilla carlista, con numerosas pérdidas de sus mejores tropas.

Otro combate más importante ocurrió el 6 de Agosto del mismo año: reunidos los batallones de Cabrera, Forcadell, Quilez y Esperanza, al mando del primero de éstos, acometieron á la division de Soria en

MADRID.—El cabo Eulalio Valls y Roca, deteniendo los caballos desbocados de un carruaje de Palacio (pág. 186).

MADRID.—Tipos y uniformes de la Milicia Nacional (Grág. 186?).

cercanías de Villainengo; pero el jefe cristino, sin arredrarse por el gran número de enemigos que se le oponian, animó á sus soldados con enérgicas frases, lanzóse á la cabeza de ellos contra los envalentonados carlistas, y consiguió derrotar nuevamente á éstos y hacerlos abandonar el campo, no sin que dejasen en el gran número de muertos y heridos, armas, bagajes y efectos.

Por mérito de estos dos combates fué ascendido á mariscal de campo y nombrado comandante general de la primera division del Centro, que comprendia las tropas de Aragon y Valencia.

En el mismo año fué llamado á Madrid, y la reina Gobernadora le confirió el ministerio de la Guerra,—cargo que solo desempeñó un mes, sin poder realizar los útiles proyectos que tenia concebidos en beneficio del ejército, y en Madrid se hallaba cuando esta capital se vió amenazada por las huestes de don Cárlos, y el gobierno le encargó de la defensa de una parte del recinto fortificado, nombrándole á la vez comandante general del sétimo distrito.

En Noviembre de 1838 fué elegido senador por la provincia de Granada, y permaneció de cuartel en Madrid hasta 1843, en que fué nombrado capitan general de Extremadura.

En 1845 fué ascendido al empleo de teniente general, y ha desempeñado con acierto y lealtad los cargos más elevados: inspector general de Ingenieros, consejero de Estado, diputado á Córtes, senador del reino, director general del cuerpo de Inválidos, etc.

En este último puesto se hallaba en 1868, al ocurrir la revolucion de Setiembre, y le fué concedido el cuartel para Madrid, en cuya situacion le ha sorprendido la muerte.

Examinada atentamente la historia militar y política de este general diremos con un periódico militar, se observa que don Manuel de Soria y Vargas ha sido siempre fiel á la disciplina, cosa rara en España desde 1820, y ha servido á la patria, ya mandando, ya obedeciendo, en cuantas ocasiones esta patria ha reclamado sus servicios.

Por estas circunstancias, ocupaba un lugar muy señalado en los anales del ejército español.

JUAN DE SIDONIA.

HISTORIA VERDADERA

POR D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

II.

Los crímenes no han sido nunca en Andalucía considerados de una misma manera. Entre la agresion contra las cosas y la agresion contra las personas, media para los andaluces el abismo insondable de la caballerosidad. Un caballero, y caballeros son todos los andaluces, si hemos de atender al saludo que ellos mismos se dirigen cuando se encuentran, no puede robar sin intimarse: pero puede herir, puede causar la muerte, y quedarse tan caballero como lo era.—El que mata, no es llamado asesino en Andalucía, sino matador; y el que muere, como lo haya sido en buena lid, no deja á su familia el legado cruel de la venganza: ántes bien, suele ser respetado, puede ser admirado, y hasta en ocasiones es protegido por ella, en nombre de esa caballerosidad de que todos participan.

Más de una vez los reos de muerte, al subir al cadalso, han dicho al público con cierto ènfasis heróico: —«Conste, señores, que yo no he robado nada á nadie.»—Porque robar la vida no es para ellos sustraccion infamatoria: es haber poseido una herramienta demasiado afilada; es haber tenido una mala hora; es haber tropezado en una mala parte. Todo menos asesinar.

El propio bandido andaluz, ese tipo legendario, cuya existencia apenas se concibe fuera de España, pues ni áun al italiano se parece, dice que roba porque la sociedad le niega abrigo, y él necesita mantenerse de algo; pero que al robar no mata sino cuando hay imprudencia de parte del robado; es decir, cuando se le provoca á ello, cuando se le saca de sus casillas, cuando se pone en duda por palabras ó actos su indisputable omnipotencia. De aquí proviene un abigarramiento moral de los más extraños: roba sin ser ladron, y mata sin ser asesino: un crímen disculpa el otro, y de ambos crímenes es responsable la sociedad que le persigue y le aisla; la sociedad que no le perdona un acto caballeresco cometido, en buena lid, contra la persona de un compadre suyo á la puerta de la taberna. Tal es la historia de todos esos hombres.

Andalucía conserva en el alma de sus gentes el espíritu feudal que ha desaparecido de sus costumbres. Perseguirse y matarse los de este castillo con los del otro, y los de esta tierra con los de la otra, los de esta familia con los de la otra, y desposeerse mútuamente de sus bienes y propiedades, en nombre de la guerra misma que se hacen sin saber por qué; pero quedando todos caballeros, ejerciendo todos actos insignes de caballerosidad, guardando siempre las leyes de la más severa y andante caballería, hé ahí el feudalismo histórico que sin quitar punto ni coma conservan en su corazon las gentes democráticas de Andalucía.

Y tal vez somos inexactos al reservar al pueblo este trasunto de bárbaras aunque nobles edades: los caballeros mismos de esas comarcas, los que asumen la propiedad y la influencia, participan, tal vez sin quererlo, del propio espíritu de las gentes del campo. Ellos apadrinan al bandido, ellos protegen al matador, ellos tuercen el curso de la justicia; ellos recuerdan, sin nocion histórica sin duda, que las mesnadas de sus abuelos ejercian actos semejantes en nombre de la religion, de la patria y del rey, áun cuando rey, religion y patria no salieran por lo comun bien parados del ejercicio; y hacen causa propia la causa de sus colonos, de sus ahijados, de sus sirvientes, con algo de la supersticiosa devocion, con algo del caballeresco culto que guardaban en su alma el *pater* de Roma y el *castellano* de la Edad Media.

Nos hemos detenido en estas consideraciones, para que se comprenda bien la situacion de los ánimos en Medina Sidonia á la mañana siguiente de la desgracia de Juan.

Desgracia llamábanla, efectivamente, en todas partes, incluso en la casa del difunto. Sírase porque éste disfrutase de escasas simpatías, sea porque Juan las tuviera grandes en el concepto público, sea porque una muerte, provocada por el que la recibe y otorgada en regla, no puede ménos de hallar disculpa en pechos andaluces, ello es el caso que la desgracia de Juan era en Medina mucho más lamentada que la del muerto. Si el juez y los corchetes no hubiesen estado tan á punto, mil puertas se habrian abierto ante los pasos vacilantes del matador, para darle asilo. Pero Juan estaba en la cárcel; su delito, ó llámese falta, era de esas que califica la ley de tan claras como la luz del medio dia; y ya no era tiempo de pensar en librarle del anatema del Código, sino en escoger los medios de disminuir sus rigores.—Todas las influencias de la poblacion, las altas como las bajas, se habian echado encima del escribano, del promotor fiscal, del juez de primera instancia, de los padres del muerto, de los testigos del homicidio, de todos los que en estos fatales trances intervienen para ayudar al castigo de los crímenes y para satisfacer las exigencias de la vindicta pública.

Largos meses hubiera durado en Medina esta ocupacion de los ánimos, si una nueva desgracia, tan desastrosa ó mucho peor que la de Juan, no hubiera venido á oscurecer la primera, con nuevos y más dramáticos incidentes. Juan comenzó á vegetar en el retiro de la cárcel, su causa á dormir sobre los empolvados protocolos de la escribanía, sus amistades á entibiarse con la ausencia, y todo á quedar perdido para él, excepto el corazon de Ana y los socorros indirectos de una mano oculta. Gracias á ellos, Juan no habia muerto para el mundo.

Era de ver por las mañanas y por las tardes á una hermosa muchacha de veintidos años, fresca y lozana por la belleza, abatida y triste por el dolor, atravesar las calles de Medina con un pequeñuelo de la mano, otro al pecho y una cesta apoyada sobre su flexible cintura, dirigirse al solitario albergue de los detenidos, llevando, en sublime conjunto de pobreza, consuelos de familia, ternuras de mujer y auxilios corporales para el hombre necesitado.

Cada dia la infeliz criatura, tras duros trabajos y no ménos duras privaciones, hallaba en su fecundo númen un nuevo lenitivo que llevar á su Juan para confortarle en las veinticuatro horas subsiguientes. Bien que el escribano daba esperanzas, bien que el promotor parecia inclinarse á la disculpa, bien que alguno de los antiguos protectores de la casa ponia interés en el proceso y recomendaba su más favorable embrollo, siempre Ana tenia para sus visitas de la cárcel pan y consuelos, ilusiones y realidades, un socorro moral y otro material para el hombre á quien tan desinteresada y amorosamente se habia unido.

Juan, por su parte, corrió en pocos meses el terreno de algunos años. Léjos de disculpar su accion y empequeñecer su delito, exagerábalo con negros colores, cual si un profundo remordimiento hubiese ya aniquilado y disuelto el valor de su alma. Más de una vez, cuando los muchachos dormian en el seno de su madre, y cuando la ausencia de otros delincuentes permitia confianzas supremas, Juan arrimaba el rostro á la reja de la prision, y decia con conmovido acento:—«¡Ana de mi alma! ¡llevo á ese hombre sobre mí; yo no puedo acostumbrarme á lo que me sucede; quiero morir; yo no podré atravesar la puerta del presidio!»

Juan decia *presidio*, porque no ignoraba que, á circunstancias atenuantes de la provocacion alegada, del término de su causa una condena de muerte, ó presidio y todo, pareciale un porvenir tan horroroso, que casi la muerte misma era ménos pavoroso á su conturbado entendimiento. Y es que Juan se consideraba asesino.

Sustancióse el sumario; pidió el promotor el máximum de la pena que marca el Código: sentenció el juez, con arreglo á las conclusiones fiscales, y la causa pasó á plenario. Entónces no fué posible detener por más tiempo á Juan en la cárcel de su pueblo, y en virtud de órden de ser trasladado á la de Sevilla. Aquí comenzaba la expatriacion de Juan: aquí comenzaba su verdadera muerte.

La cárcel del pueblo, es todavía el pueblo; los hijos del pueblo, son paisanos y conocidos; la familia, áun por entre las rejas de una prision, es la familia; y el ambiente, la luz, los rumores, el aire de la patria, son patria y vida aunque se aspiren y se palpen en los profundos senos de un calabozo.—Juan, en una ternura digna de las transformaciones de su espíritu, pidió por sola gracia que la noticia de su traslacion no se divulgase, para devorar solo las amarguras de la partida y librar de ellas á la esposa infeliz. Los dos callaron, efectivamente, y áun no se sabe cómo ni cuándo se verificó. Lo que sí se sabe bien es que al dia siguiente de la traslacion de Juan, Ana, con sus dos hijos en los brazos, extenuada y hambrienta, llegaba á grandes voces frente á la cárcel de Sevilla.

No nos detendremos á examinar el curso lento y torpe de esta segunda parte de la causa. Hace tres años, las causas de homicidio se eternizaban casi lo mismo como hoy. El condenado, al salir de la cárcel, era condenado.

El pobre Juan, cuyos recursos disminuian en razon del tiempo y de la distancia, varió en esta nueva carcel, no ya su condicion moral, sino que variaron también los trazos físicos de su rostro y los más imperceptibles de su apostura y traje. Ninguno de sus antiguos camaradas le hubiera conocido; y hasta su mayor vecindad de la suerte, ni áun conservaba su nombre.—Habia en la cárcel un preso de su pueblo que se llamaba Juan, y segun la costumbre de la *ternura*, fué bautizado con el apodo de *Juan de la Dina*: al entrar, pues, un nuevo Juan de la misma procedencia, los presos le aclamaron *Juan de Sidonia*. Hé aquí el origen de este extraño dictado.

Ana no podia permanecer en Sevilla más que algunas horas, cuando verificaba con mil trabajos el penoso viaje. Ella se hubiera puesto á servir en la ciudad; pero ¿quién admite una criada con dos criaturas? En Sevilla carecia de amigos y parientes, los cuales por fortuna de Dios, no le faltaban en su pueblo: esta es la razon de que permaneciese alejada de la cárcel, mientras con pulcritud singular cercenaba y lavaba las ropas de su marido, agenciaba el sustento de sus dos pequeñuelos, daba pasos en busca de relaciones para los jueces, y reunia toda esa suma de debiles socorros que constituyen la providencia de una prision.—En efecto, cuando Ana se presentaba en la cárcel, le decian la Providencia.

Uno de los dias en que entró, parecia Juan más abatido que de ordinario.

—¿Qué tienes, Juan? (preguntóle su mujer asustada).

Y Juan no pudo responder, porque los sollozos le ahogaron su voz.

—¿Te han sentenciado? (volvióle á decir Ana presintiendo su desdicha).

—Sí (contestó Juan, reponiéndose): me han sentenciado, Ana mia; me han sentenciado á diez años de presidio con retencion, á todo lo que podian sentenciarme. Adios, Ana; ya no tienes marido, tus hijos no tienen padre, Medina no tiene ya á Juan.

Imposible es describir el efecto que en la pobre mujer produjo esta sencilla y exacta relacion de la pena inmediata á la de muerte, que existia entre ellos. Un presidiario de esta condena, no era ya, en efecto, ni padre, ni marido, ni ciudadano: desde el presidio moria, ó al salir del presidio encontraba la muerte.

Ana suspiró, Ana lloró... decimos mal: Ana corrió primero casa del regente de la Chancillería, á cuyas puertas llamó, á cuyos piés se prosternó, sobre cuyas manos derramó un torrente de lágrimas, pidiendo la indulgencia para su Juan; para aquel Juan que era padre de dos criaturas abandonadas, para aquel Juan que había perdido su alma y su cuerpo por defender á ella.

El noble magistrado, que comprendia toda la razon de estas absurdas peticiones, pero que nada podia hacer en favor de los que á cada instante se las demandaban, consoló y socorrió á Ana como pudo, ofreciéndole que recomendaria al penado para que ejerciesen con él las caridades compatibles con su condena.

Ana hizo hasta entónces todo lo que hacen los ángeles; mas desde entónces, la obra pertenecia ya á Dios.

Las leyes del tiempo prevenian que los condenados á presidio con retencion extinguieran sus condenas en los presidios menores de Africa. Fué, por consiguiente, destinado Juan á la capitanía general de Granada, para que allí dispusieran de él en el punto y hora que conviniese. El viaje habia de hacerse á pié, y de carcel en cárcel.

Pero ¡ay! ¡que para ciertos reos las fórmulas de la ley son inútiles! Juan no pudo ir á Granada de carcel en cárcel: gracias que pudieron llevarlo de hospital en hospital.

Unos migueletes, especie de paisanaje armado, que ejercia por entónces, aunque bastante mal, el servicio de la Guardia civil, fueron los encargados de conducirle; y conste, en honor de ellos, que desempeñaron su comision con toda la caridad que el juez de Sevilla habia prometido á Ana. Sin embargo, la fatale que llegó Juan al presidio de Granada, no parecia que llegaba un penado, sino un cadáver.

Reconocióronle en la oficina de entradas, ántes de verificar el ingreso, y ántes de verificar el ingreso dispuso el físico que fuera conducido al hospital.—«Este pobre (añadió á media voz) no calentará la cadena.»

Sentencia tan horrible, que con impremeditacion harto censurable suelen arrojar los médicos sobre la faz de los enfermos pobres, fué esta vez frase de infinito consuelo para el alma de aquel contra quien se fulminó. Juan tenia aversion supersticiosa al presidio: entre vivir allí ó morir en el hospital, prefería cien veces esto último.—«¡Llevadme, pues (dijo lleno de gratitud), á que me muera allí!»

Y con una resolucion impropia de su estado, emprendió de nuevo el camino, á pesar del gran estorbo de las ligaduras que sujetaban sus molledos y de la sangre que corria por sus piés, considerándose dichoso al ver trocado el presidio por el hospital.

III.

¡Por el hospital! falansterio de desdichas, donde el hombre se convierte en *número*, la enfermedad en *caso*, la operacion en *práctica*, y el cadáver en *experimento!* ¡El hospital! asilo de indiferencias, donde los ayes constituyen atmósfera, la fiebre hace papel de escuela, y la muerte, la propia muerte, proporciona un negocio de camas vacías! ¡El hospital! magnífico cuerpo sin alma, donde se refugian las almas de los que no tienen cuerpo! ¡magnífica cabeza sin ojos, donde buscan albergue los que no hacen más que llorar! ¡magnífico laboratorio de salud, cuyas destilaciones se pierden en el cementerio!

Ese santo refugio donde entraba el preso, habia sido fundado por el apóstol de la ternura, por el padre de la caridad. Era la casa matriz de ese loco hispano-lusitano del siglo XV, que recogia á los llamados leprosos de su tiempo, arrojados por maldicion en los caminos para evitar el contagio; de ese agitador incansable que se atrevia á predicar la compasion y á promover el socorro hasta para los criminales empedernidos; de ese fanático sublime que llevaba los muertos acuestas para darles sepultura, y los dejaba en rebeques sobre las escaleras de los ricos que no daban limosna; de ese proyectista harapiento que pedia á Gonzalo de Córdoba el trozo de terreno que pudiera cercar en una noche, y acotó con pedazos de ladrillo, en ayunas horas, el área magnífica de su magnífico palacio solariego; de ese descubridor de nuevos mundos, que mendigaba en la vega de Granada, como el otro loco genovés que casi por los mismos tiempos pedia limosna allí para otra absurda empresa, bien ajeno al exigir terrenos al uno y al seguir las huellas del otro, que la historia algun dia habia de llamarle á él que no tenia camisa, á él que no se acostaba en lecho, á él que no comia caliente, á él á quien apedreaban los muchachos y censuraban los doctores, el Gran Capitan de la ternura y el Cristóbal Colon de la caridad.

El preso entró, decíamos, al caer de la tarde en el Hospital de San Juan de Dios de Granada. Hallábanse por entónces regidos estos establecimientos de muy diversa manera que lo están en el dia. Dentro de sus muros se cobijaban sin distincion todos los desdichados: hombres y mujeres, paisanos y militares, presos y libres, muchachos y viejos: cuantos padecian de cuerpo y alma, cuantos se veian acosados por la calentura, cuantos se sentian desfallecer por el hambre.—El hospital era el hospital: por eso lo hemos llamado falansterio de desdichas.

Era un tiempo aquel de transicion en que la caridad se trocaba en beneficencia: los monjes habian desaparecido, y áun no habian llegado las monjas; el servicio de los hermanos de San Juan no se habia reemplazado por el de las Hermanas de San Vicente. Los hospitales estaban en poder de hermanastros. Así iba ello.

Una guardia en la puerta que indicaba la posibilidad de guardar á alguien, y algun que otro hermano secularizado, que resistia la observancia del voto oculto entre los pliegues arquitecturales del edificio, daban una vaguedad siniestra al establecimiento, como si en su interior se estuviese desarrollando alguna idea revolucionaria. Por lo demás, pequito órden, pequita formalidad, y pequita uncion evangélica. Un hospital era una casa de buñ-pedes sin patron. Juan hacia muy bien en ir contento allí.

Recibió al preso de manos de los migueletes, con visibles señales de mal humor, un hombre que se levantaba de jugar á la malilla en el chirivitil cercano á la puerta. Registróle los bolsillos por ver si le podia quitar algun dinero; tomó la hoja penal, que ni leyó, ni guardó, ni tiró, y dando un toque de campana, dijo á dos mozos que aparecieron de allí á un rato:—«Sala cuadrada, núm. 68.»—La malilla prosiguió, los migueletes se retiraron con un recibo, y Juan subió como pudo las escaleras, para instalarse en el número 68 de la sala cuadrada.

Era ésta, como son por lo comun todas las salas de los hospitales, un pasillo más ó ménos largo y más ó ménos ancho, con camas á la derecha y á la izquierda, y en ocasiones con otra fila de camas en medio. Reina allí, por lo comun tambien, un silencio no sepulcral, como se dice ordinariamente, sino hospitalario: el silencio sepulcral de estas casas está en otra parte. Oyense de intervalo á intervalo, una cama que rechina, un jarro que toca con una tinaja, un ¡ay! que se pierde en el espacio, una imprecacion, un rezo, un ronquido, una pelea. Durante el dia suele haber un poco de animacion con la entrada ordinaria de los enfermos, la visita de los médicos, el reparto de dietas ó medicinas, y sobre todo con la galvanizacion que presta á la economía doliente el poder de la claridad. Pero á la caida de la tarde, en esa hora de las tristezas y los recargos, en ese otoño del dia, en ese momento de penumbras morales que hasta para los cerebros sanos son adversos, ¡que soledad la de una enfermería llena de gente! ¡qué silencio el de los ruidos elaborados por la calentura! ¡qué desconsuelo el de tantas consolaciones subvertidas por la caridad mercenaria!

Desnudaron á Juan, y lo ingirieron, que aquello no fué acostarlo, junto al rincon de la sala cuadrada, acera de los pares, entre el 70, que era el último, y el 66, que era el antepenúltimo de sus compañeros yacentes. Al tomar posesion de aquella tumba provisional, nadie le dió las buenas noches. El núm. 70, que pareció querer decir algo, no articuló ya palabras inteligibles, sino monosílabos de esos que corresponden á la lengua del dolor. El enfermero que ataba la ropa de Juan, y colocaba bajo el cordel la filiacion que habian copiado en la contraloría de la prision, murmuró para sí á media voz:—«En este rincon no se llega esta noche al rio caudaloso.»—Y se fué.

Todo quedó en calma. Dos lucecillas de aceite agonado, colocadas en ambos comedios del salon de los setenta, alternaban su lucir y su chisporrotear, con el chisporrotear y lucir de respiraciones agitadas y extertóreas. El mozo de la sala se sentó debajo de la luz que estaba más cercana á la puerta, y se puso á roncar con un libro en la mano. Su vigilancia tenia que ser mayor que la de los otros enfermeros, en razon á que en aquella sala habia presos de los que no cabian en el llamado calabozo del piso bajo. Bien es cierto que los del calabozo eran por lo comun gentes de mala conducta, cuya escasa enfermedad daba derecho á tener que quisieran escaparse; mientras que los presos de la sala, sin ropa y con calentura, podian dejarse solos tranquilamente.—Por lo que hace al pobre *extraño*, que así se les llama á los nuevos, un buen ojo de hospital podia contarlo por *salido*.

Juan habia ocultado su cabeza entre las sábanas desde que tomó posesion de su infeliz lecho. Queria aislarse de aquel mundo de horrores, para quedar consigo mismo en el mundo de su horror. ¿Qué era lo que le pasaba allí? ¿Ante quiénes y entre quiénes se habia colocado? ¿Por qué Dios al permitir tamañas desdichas, no concede á un hombre la muerte?

Esto pensaba, con débil y enfermiza desesperacion, cuando se le vino á la memoria su pueblo, su casa, su familia, su juventud ántes tan alegre, su virilidad hoy tan desastrosa.—«Creo (pensaba) que me tienen por moribundo, lo mismo los del presidio que los de aquí: ellos son gente experimentada y no se equivocan tan fácilmente; bien, sea: más vale morir de una vez que no estar agonizando diez años y un dia.»

Entónces sacó la cabeza, y vió que no habia ninguna levantada más que la suya: todos estaban encerrados quizá en el propio egoísmo. Despues quiso conocer á sus compañeros más próximos. El núm. 66, que tenia á su derecha, dormia como un santo: además, la poca cara que él le podia descubrir, era de esos infelices hambrientos que buscan durante la nada estacion un buen empleo para pasarla tranquila en el hospital. El núm. 70, por el contrario, que ocupaba el rincon, parecia preso como de un ensueño fatigoso y terrible. A cada momento cambiaba de postura, y solo hacia arriba conseguia respirar con algun desahogo: pero ¡qué respiracion, Dios santo! Habia en ella algo como de olla que hierve, algo como de leña que suspira!

Las manos del moribundo, porque no podia dudarse de que lo era, se dirigian unas veces á coger los vellones de la manta, otras á pillar como insectos que le revolteasen ante el rostro. Por fin, no veia, no oia, no hablaba.

Esto último lo supo Juan, porque probó á llamarlo á media voz para ofrecérsele en aquel estado de angustia; pero el jóven, que jóven era, no hizo caso alguno de su vecino. En estos momentos la criatura humana solo suele hacer caso del sacerdote.

Justo sea consignar aquí que ni entónces ni ahora fallecian los enfermos de nuestros hospitales sin auxilio piadoso. Pero desde que los ángeles habian abandonado por fuerza la asistencia de los pobres, sólo alguno que otro, escapado, como ántes dijimos, á la persecucion insensata que á estos sobre todos se les hiciera, no sabemos en nombre de qué, sólo alguno que otro acudia á este deber indeclinable de su instituto: y siendo escasos los auxiliadores y numerosos los necesitados, locatálos por lo comun á cada uno muy corta porcion de exhortaciones.—Despues de sacramentar por la mañana á los graves, como indudablemente habria sucedido con aquel infeliz, llamábase al hermano á la extrema hora, para que les dirigiese algunas palabras de consuelo; palabras hellísimamente escritas en las constituciones de la casa de Juan de Dios, entre las primeras de las cuales se hallaban éstas:—«¡Oh rio caudaloso, lleno de todos bienes!»—Pues bien: los mozos no solian ir en busca del hermano sino al postrer momento; y esta era la razon que tuvo el practicante de la sala, para decir que en el rincon de la suya no se llegaria esta noche al rio caudaloso.

En efecto: el número 70 dió un fuerte suspiro, y dejó de agitarse en su agonía. Habia sido el último. Juan, que lo comprendió todo, áun cuando todo era nuevo para él, se incorporó como pudo sobre su pecho, y rezó un Padre Nuestro y un Ave-María por el alma de aquel desconocido. Santiguóse despues cristianamente, como sus padres le habian enseñado, y volvió á cubrirse el rostro entre las sábanas.

Dos únicos muertos habia visto Juan en su vida: el que cayó á manos de su mal reprimido coraje, y este á quien auxiliaba como novicio misionero. No puede extrañarse, pues, la asociacion de ideas que despertó en su mente el doble acontecimiento.—«¡Morir (pensaba), es descansar, es perderse de la vista de los hombres, es abandonar un mundo de trabajos y de penas que no merece el cariño de nadie! ¿Aquel pobre muchacho tal vez tendria familia, tendria amigos cariñosos en otro tiempo, habria tenido quizá bienes de fortuna... y ahora, solo consigo mismo, abandonado de la tierra y del cielo, iria á pudrirse en el anfiteatro de una escuela ó en el mísero cementerio de un hospital! ¿Quién se acordaria de él? ¿quién le conoceria?...»

Al pronunciar mentalmente estas palabras, Juan experimentó un sacudimiento nervioso extraordinario. Paró el curso de sus reflexiones, y volvió á decirse con la lentitud forzada del que deletrea:—«¿Quién le conoceria!...»

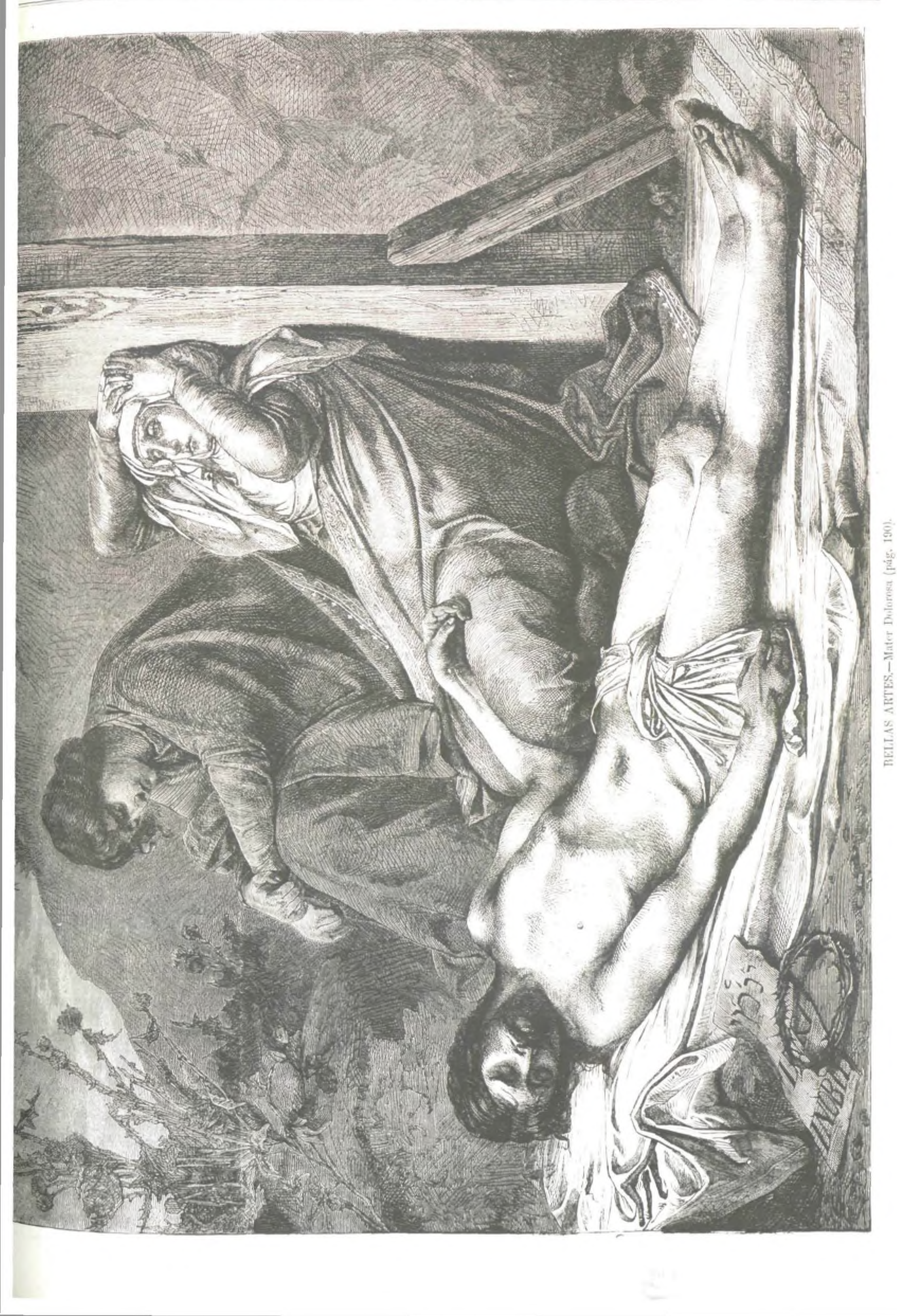
Estaba pasando por su imaginacion una de esas ideas que el cerebro forma por sí mismo en las grandes crisis de la vida, sin que parezca que ha tomado parte alguna en ellas, ni el raciocinio ni la voluntad del que las concibe.—Una hora ántes habia en aquel rincon dos moribundos: el 68, que era él, y el 70, que ya no lo era nadie. ¿Por qué no cambiar ambos troncos, y el muerto seria el presidiario?

La sola enunciacion de este pensamiento enorme, le detuvo el aire en la garganta, y le borró la lucidez del discurso. Al cabo de un rato, descubrió poco á poco su cabeza, incorporóse levemente, y miró en derredor, por si alguno le habia escuchado pensar.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

(Continuará).

LA SEMANA SANTA (pág. 137).



BELLAS ARTES.—Mater Dolorosa (pág. 190).

EL GENERAL BLASER Y SAN MARTIN.

Con sentimiento anunciamos á nuestros lectores que este general (cuyo retrato damos en la página primera del presente número), uno de los más distinguidos del ejército español, se encuentra gravemente enfermo, quizá sin esperanza de alivio.

Aun no ha cumplido sesenta años, pues nació en Abril de 1813, y todavía hubiera prestado grandes servicios á la patria.

Siresa, en el reino de Aragon, fué su pueblo natal, y sus padres pertenecian á una noble familia de Suiza.

Comenzó la carrera militar en 1827, en clase de cadete del regimiento infantería Vacante de Kayser, tercero de suizos; fué alférez de la Guardia Real, en Febrero de 1833; volvió á su antiguo regimiento en 1834; tomó parte en las funciones de guerra dirigidas por el general Espartero, que obligaron á los carlistas á levantar el sitio de Guernica; y recibió dos heridas graves, de bala, en la accion de Giga, en 1835.

Por los méritos que contrajo en estos combates fué ascendido á teniente, y recibió la cruz de San Fernando de segunda clase.

En 1837, restablecido ya de sus heridas y siendo capitan de infantería, batióse con arrojo en la batalla de Chiva, dada contra las fuerzas de Cabrera el 15 de Julio, y hallóse tambien en el combate de Arcos de la Cantera, donde los carlistas, acaudillados por el mismo Cabrera y Forcadell, fueron batidos y dispersados, con pérdida de 40 muertos, muchos heridos y 896 prisioneros.

Entónces obtuvo el empleo de mayor de infantería, y fué nombrado comandante en el año siguiente, y luégo teniente coronel, por los distinguidos servicios que prestó á la causa de la reina en las cercanías de Morella, que áun ocupaban los carlistas.

En 1840, hallóse don Anselmo Blaser en el reconocimiento, sitio y toma del castillo de Aliaga, una de las posiciones más fuertes que conservaban todavía los batallones de Cabrera, y en la accion de Alcalá de la Selva, obteniendo el empleo de coronel en 14 de Julio, por méritos de guerra.

Terminada la guerra civil, fué destinado, como jefe de Estado Mayor, á la capitanía general de Aragon, en 1842; dos años despues recibió igual nombramiento para el cuerpo de ejército que debia salir para el Africa; y disuelto éste, ya casi reunido en Algeciras y puntos inmediatos, Blaser volvió á desempeñar el cargo que tenia anteriormente.

Siendo mariscal de campo, fué nombrado comandante general del Maestrazgo, en 1847, y en el mismo se le confió por el ministerio Narvaez la direccion general de Infantería.

De cuartel en Madrid, ofreció su espada al gobierno contra la revolucion de 1848; dos años más tarde recibió el nombramiento de capitan general de Navarra, y fué ascendido en 31 de Junio de 1852 al empleo de teniente general.

Finalmente, por real decreto de 19 de Setiembre del mismo año, la reina doña Isabel II se sirvió elevarle al puesto de ministro de la Guerra, cuyo puesto áun ocupaba al ocurrir el levantamiento militar del Campo de Guardias, que produjo quince dias despues la revolucion de Julio.

Desde entónces son bien conocidos los actos públicos de este distinguido general, cuyo acreditado valor y especiales servicios militares han desconocido sin duda alguna varios periódicos, mal aconsejados quizá por la pasion política.

Blaser fué siempre leal á la augusta señora por cuyos derechos á la corona de España peleó tan bizarramente en los campos de Aragon y Valencia y en las montañas de las provincias vascas, y pocos dias hace hace ha recibido, encontrándose ya en el lecho del dolor, señaladas muestras del afecto que aquella señora le profesa.

¡Quiera el cielo conceder un completo restablecimiento á este ilustre veterano!

UN HECHO LOABLE.

Todos los periódicos madrileños han referido el suceso que representa nuestro segundo grabado de la *pág. 180*.

Salia de las reales caballerizas, en la tarde del 12 del corriente, un coche de palacio (de servicio para un personaje de la corte), arrastrado por dos soberbios caballos ingleses: álguien hubo de espantar, con intencion ó sin ella, á los impetuosos animales, y desbocados éstos al punto, subieron al galope por la calle de Bailén, penetraron en la plaza de Oriente, y se dirigian con frenética carrera hácia uno de los jardines laterales de la citada plaza, donde á la sazon jugaban descuidadamente algunos niños y paseaban varias personas.

Más de un grito instintivo anunció entónces la inminencia de sensibles desgracias.

Pero encontrábase allí un bravo soldado, don Eulalio Valls y Rosa, cabo segundo de la quinta compañía del batallon cazadores de Ciudad-Rodrigo, que no titubeó en exponer su vida por salvar las de los niños amenazados.

Sale al encuentro de los desbocados trotones, colócase delante de ellos, se arroja en seguida sobre el que le pareció mas indómito, le domina, le sujeta, y logra detener á los dos.

Afortunadamente no habia recibido lesion alguna, y un aplauso unánime de todas las gentes que presenciaban el hecho, *fué el primer premio que recibió* el valiente cazador español.

Luego, como no pareciese el cochero que debia conducir otra vez el carruaje á las caballerizas, y no hallándose el lacayo muy resuelto á ejecutarlo, segun se dice, el cabo Eulalio subió al pescante, empuñó las riendas, hizo chasquear un látigo, y los caballos marcharon paso á paso al lugar señalado.

Las buenas acciones no quedan sin recompensa: Valls y Rosa ha recibido gratificaciones de S. M. el rey, del ministro de la Guerra, y de otras personas, habiéndosele concedido tambien una sencilla cruz pensionada.

TIPOS Y UNIFORMES DE LA MILICIA NACIONAL.

Puede decirse que la Milicia Nacional ha sufrido en España las mismas vicisitudes que la política.

Prescindiendo de épocas anteriores, ya que algunos se empeñan en llamar milicianos á los que no lo eran, en la acepcion que hoy tiene esta palabra, aparece la Milicia en la segunda época constitucional, 1820, despues del levantamiento militar de los batallones que comandaban Riego y Quiroga, secundado luego, más ó ménos voluntariamente, por todo el ejército español.

Los hechos de la Milicia Nacional en aquella época son muy notables: ya combatió algunas facciones de *serviles*, como entónces se llamaba á los partidarios de la monarquía absoluta; ya prestó grandes servicios á la causa del órden en diferentes poblaciones: ya se batió despues, aunque no con la decision que se esperaba, al lado de algunos batallones del ejército, contra la vanguardia de los *cien mil hijos de San Luis*, que acaudillaba el duque de Angulema.

Desde 1823 á 1834, la Milicia Nacional desapareció de la escena política, para dejar el puesto á los Voluntarios realistas; mas desarmados éstos por órden de la reina gobernadora, y habiéndose encendido la guerra civil en el Norte, en Aragon y en Cataluña, otra vez empuñaron el fusil los milicianos nacionales, y escribieron en sus banderas: *Isabel II y libertad*.

¡Cuántos hechos de valor, dignos de recordacion eterna, ejecutó la Milicia Nacional de España, durante los siete años de la cruel y fratricida lucha!

En Aragon y Valencia peleaba contra las osadas huestes de Cabrera, Quilez, Forcadell y demás cabecillas carlistas: en Cataluña combatia sin cesar á los batallones del conde de España; en la Mancha y Andalucía picaba la retaguardia de la famosa expedicion de Gomez, causándola numerosas pérdidas; en Madrid, en fin, contribuia al mantenimiento de la tranquilidad pública, que no era poco, en aquellos calamitosos tiempos; y cuando asomaron por las cercanías de la corte, en Setiembre de 1837, los primeros jinetes de la vanguardia del Pretendiente, todos los milicianos se aprestaron con resolucion á la defensa de la amenazada capital de las Españas.

Pero en 1843, despues del combate, ó lo que fuera, de Torrejon de Ardoz, y de la caida del regente del reino, volvió á desaparecer la Milicia Nacional, y olvidada estuvo por espacio de once años, durante la dominacion de los moderados, adversarios de aquella institucion.

Resucitóla el programa de Manzanares en 1854; disolvióla á cañonazos, en la coronada villa, el general O'Donnell, en 1856; y reapareció, por último, en 1868, con la caida de la dinastía borbónica y el triunfo de la revolucion de Setiembre.

Tales son, en resúmen, las vicisitudes que ha sufrido esta popular institucion en los últimos cincuenta años.

Nuestro dibujo de la pág. 181, artística combinacion debida al lápiz del señor Miranda, retrata con fidelidad individuos de los diferentes batallones madrileños de Voluntarios de la libertad: en él se ven los veteranos, con la memorable bandera de 1820; un comandante de batallon, individuos del escuadron de caballería y del Estado Mayor, y varios tipos de demás batallones.

MARÍA. (1)

I. Invocacion.—Pureza virginal.—*Ave Maria*.—Nuevas... sus.—Amor materno.—Los sabios de Oriente.—Herodes... á Egipto.

II. Cristo.—Su predicacion.—Sus milagros.—El báculo del...

III. *Stabat Mater*.—Las tres coronas.—Símbolo del dolor.

IV. La Inspiracion.

V. Plegaria.

I.

Rosa á la orilla del Jordan nacida,
inmaculada vírgen de Judea,
estrella de los cielos desprendida,
aura del manso mar de Galilea,
lirio del valle de perenne vida,
luz que los ojos de Jehová recrea,
de la prole de Adan gala y encanto,
madre del Hombre-Dios, tu vida canto.

II.

El arpa dame del querub ardiente,
que reina del empíreo te proclama;
dame que brille en mi abatida frente
de tu alma inspiracion la intensa llama;
desvanece las nieblas de mi mente
y en casto amor mi corazon inflama.
¡Qué invencible poder tendrá mi lira
si la Madre de Dios mi canto inspira!

III.

Inspirado por ti regio caudillo
en Covadonga alzó la cruz gloriosa,
el de Urbino copió del cielo el brillo,
pulsó Leon la cítara armoniosa,
inspirado por ti trazó Murillo
su bella y lastimera *Dolorosa* (2),
y al trasladar al lienzo tus enojos
soñó tu faz y adivinó tus ojos.

IV.

Yo el eco quiero ser de tu voz pura,
el alma que comparta tus pesares,
plectro de oro que alabe tu dulzura
en plácidos y fervidos cantares,
pedestal de tu angélica hermosura,
incienso que se abrase en tus altares,
césped que pise tu nevada planta,
pecho que encienda tu mirada santa.

V.

Ni el oro acrisolado, ni el ligero
copo de nieve, ni el arrullo blando
del céfiro del alba lisonjero,
ni el rocío azucenas coronando,
ni de la infancia el sueño placentero,
ni de tiernas palomas níveo bando,
ni el diáfano cristal, ni el claro dia
igualan la pureza de María.—

VI.

¿Qué misterioso sér los aires hiende
larga huella dejando luminosa?
Raudo hácia Nazareth el vuelo tiende
y de María en la mansion reposa;
lino sutil desde sus hombros pende
que le envuelve cual nube vaporosa,
y con doradas flores enguirnalda
sus cabellos que flotan por la espalda.

VII.

«No soy, exclama, el ángel iracundo
»que abrasa pueblos y predice males;
»vengo á anunciar que el Redentor del mundo
»se alberga en tus entrañas virginales.
»De la gracia de Dios raudal fecundo
»desciende de las cumbres celestiales.
»María, gloria á ti. Del cielo amigo
»soy el eco no más. Dios es contigo.»

VIII.

Dice y traslada de su pura frente
á la no ménos pura de María
la guirnalda que en cerco refulgente
sus ondulantes hebras recogia,
y esparciendo en redor profusamente

(1) Queda prohibida la reproduccion de este canto, que pertenece á la obra titulada *Mujeres del Evangelio*, cuya propiedad hemos adquirido, segun tenemos manifestado. (N. de la R.)

(2) Se alude al cuadro que existe en el *Real Museo de Pinturas de Madrid*, núm. 130. (N. del Ad.)

esplendores, aromas y armonía,
en apacible y sosegado vuelo
el bello arcángel se devuelve al cielo.

IX.

El rostro ebúrneo de rubor cubierto
escucha al ángel la mujer bendita,
y empieza ya á sentir gérmen despierto
de ajena vida que su seno agita.
Para una flor contempla el sol abierto,
claro sol que fecunda y no marchita,
y que ella es esa flor, la flor preciada
de nuestro eden perdido trasplantada.

X.

Suspenden las divinas maravillas
á la modesta Vírgen pudorosa,
y en el suelo cayendo de rodillas,
entornando sus párpados de rosa,
con encendido fuego en las mejillas,
las manos cruza y dice temblorosa:
«Cúmplase ¡oh Dios! lo que benigno ofreces:
tu humilde sierva soy, tú me enalteces.»

XI.

Y pasan dias, y del Polo helado
baja entre densas nieblas el invierno,
y en un pueblo escondido y apartado
viene á la luz el Hijo del Eterno
en mísero portal, desamparado,
sin más apoyo que el amor materno:
que tan solo al cariño de María
Dios el cuidado de Jesús confía.

XII.

Es el amor materno, amor del cielo,
amor sin recompensa ni mudanza.
¡Cuántas horas de hiel y de desvelo
en premio de su afan la madre alcanza!
Los que en desesperado desconsuelo
de nuestra alma negais la semejanza
con el Dios de bondad, de todos Padre,
recordad el amor de vuestra madre.

XIII.

Nueva estrella su luz al orbe envia
y abrillanta el azul del firmamento
para anunciar del Hijo de María
el ya profetizado nacimiento:
sirve á tres sabios de certera guia,
que acuden á prestarle acatamiento
desde remotos climas del Oriente,
y adoran á Jesús humildemente.

XIV.

Temiendo Herodes la funesta suerte
que le reservan implacables hados,
si creciendo Jesús, con mano fuerte
rompe su cetro y reina en sus Estados,
manda que den inmerecida muerte
sus dóciles y bárbaros soldados
á cuantos niños en materno pecho
encuentran dulce miel y suave lecho.

XV.

Al ver á los sicarios inhumanos,
la noble frente Palestina enluta:
María huyendo de sus viles manos
de Egipto emprende la penosa ruta;
cruza desiertos, rios, montes, llanos,
y ora se oculta en tenebrosa gruta,
ora se pierde en desusada senda,
llevando en brazos de su amor la prenda.

XVI.

Asustan su embargada fantasía
los cantos de los hijos del desierto,
el silencio mortal de noche umbría,
del árbol deshojado el tronco yerto,
la deslumbrante claridad del dia,
el mar que hierve en el lejano puerto...
y en su contínuo afan apenas osa
convertir hácia atrás la vista ansiosa.

XVII.

Huella por fin su fugitiva planta
las llanuras que inunda el fértil Nilo,
y besa la abrasada arena santa
del pueblo amigo que la presta asilo:
con inmenso placer mira y la encanta
el rostro de Jesús bello y tranquilo,
y su oprimido pecho acongojado
respira ya sin torcedor cuidado.—

XVIII.

Crece el fruto que dieron tus entrañas
cual árbol junto á márgen caudaloso.—
Abandona ciudades y cabañas
para correr tras él el pueblo ansioso,
siguiéndole á desiertos y montañas.—
En secular letargo vergonzoso
la humanidad yacia torpe y yerta,
y de Cristo á la voz jóven despierta.

XIX.

No se muestra con rayos encendidos,
ni ciñendo á la sien laurel sangriento:
no quiere alucinar á los sentidos,
sino en el corazon tomar asiento:
á toda desventura presta oidos:
embalsama el pesar su dulce acento:
sus portentos ni asustan ni estremecen:
sus milagros consuelan y enternecen.

XX.

Cristo ni airado en Sinai truena,
ni en diluvio voraz anega al suelo,
ni difunde el terror en Palestina:
de la sublime caridad modelo,
con su ejemplo corona su doctrina,
muere sobre la cruz, aplaca al cielo,
y tremola del Gólgota en la peña
de la virtud la salvadora enseña.

XXI.

Y hora tras mi venid.—En el ocaso
el sol se va apagando lentamente,
y de la luna el resplandor escaso
entristece los campos del Oriente:
hácia el Calvario enderezad el paso:
silencio sepulcral hiela el ambiente;
allí al pié de la cruz llora María
en pavorosa soledad sombría.

XXII.

Lívida, demudada y macilenta
con ambos brazos á la cruz se anuda:
viendo muerto á Jesús y que ella alienta,
de la verdad de su desgracia duda:
ya en lastimera voz su mal lamenta,
ya el supremo dolor la deja muda.
¡Cuál padece la madre desolada,
sin clavos y sin cruz crucificada!...

XXIII.

La negra sombra de la noche oscura
ni tibio rayo de esperanza aclara;
el cáliz de la hiel tu labio apura:
se pierde tu clamor, nadie te ampara...
¿No hay un querub en la celeste altura
que le mueva el pesar que te acibara?
¿Cómo no se desgarra el firmamento
al repetir el eco de tu acento?

XXIV.

¡Madre, madre infeliz!—¿No era bastante
á redimir la culpa cometida,
en suplicio horroroso y humillante
inmolar de Jesús la excelsa vida?
¿Para qué abrir con dardo penetrante
de tus dolores la profunda herida?
Ya derrocado de su solio el vicio,
¿de qué sirve tu estéril sacrificio?

XXV.

El Ser, por cuya mano poderosa,
en alto pedestal te hallas alzada,
quiso sin duda ver tu frente hermosa
con tres santas coronas adornada:
de madre, la diadema esplendorosa:
de vírgen, la guirnalda inmaculada:
y la aureola inmortal, cándida y pura,
de la no merecida desventura.

XXVI.

¡Ah! tú eres el dolor volando al cielo,
bajel que boga en tormentosos mares.—
Tú sabes de la vida el desconsuelo,
tú sabes, madre, lo que son pesares.—
Si es un valle de lágrimas el suelo,
el dolor debe estar en los altares.—
Sí, tú eres del dolor símbolo santo,
y tú, al llorar, enalteciste el llanto.

XXVII.

Mas ya de rosicler, hollando nubes,
del orbe dejas la mezquina esfera,
y circundan espléndidos querubes
con estrellas tu ungida cabellera:
en sus alas al cielo rauda subes,
tu llorado Jesús en él te espera,
y la difícil puerta en el instante
rueda sobre sus ejes de diamante.

XXVIII.

Allí en tablas de mármol esculpida
de tu martirio ves la amarga historia.
Al comenzar tu nueva y grata vida,
con doblado placer canta la Gloria.
Mas no borre tu dicha indefinida
de tu terreno viaje la memoria,
y no te olvides del que gime triste
en este valle, donde tú gemiste.

XXIX.

Mira, Señora, que á tus piés me postro
demandando piedad, que ya me abate
desatado huracan, y en vano arrostro
del ponto bramador el recio embate.
A mí convierte tu divino rostro,
y lucirá la paz trás el combate;
muévate mi dolor, dame el descanso,
torna el revuelto mar en lago manso.

XXX.

Eres astro que alumbra y que no ciega,
amor que siempre acrece y nunca muere,
lluvia que alegra el prado y no lo anega,
mano que siempre cura y nunca hiere:
el Señor á tu ruego nada niega:
¿qué se puede negar á quien se quiere?
Y pues tu labio cuanto pide alcanza,
dame, si no la dicha, la esperanza.

XXXI.

Sé que la dicha que el humano anhela,
en este valle lóbrego no anida:
es ave cautelosa que no vuela
sino en alta region desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
que nada teme, que jamás olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.

XXXII.

Y ¿qué fuera ese cielo prometido
sin el encanto del amor dichoso?
Un desierto sin linde conocido
y cuanto más inmenso, más penoso,
vasto templo con oro revestido,
encerrando sepulcro silencioso:
y es la pena mayor del negro averno
eterna vida, sin amor eterno.

XXXIII.

Implorada deidad, vírgen María:
cual la ofrenda de Abel suba ligera
en vuelo fácil la plegaria mia
al almo cielo, do el amor impera;
y mientras luce el suspirado dia
de abandonar la terrenal esfera,
no desampares al que gime triste
en este valle, donde tú gemiste.

LARRIG.

LA SEMANA SANTA.

La Iglesia está de luto; se conmemora la muerte del Hijo del hombre, por la redencion del mundo.

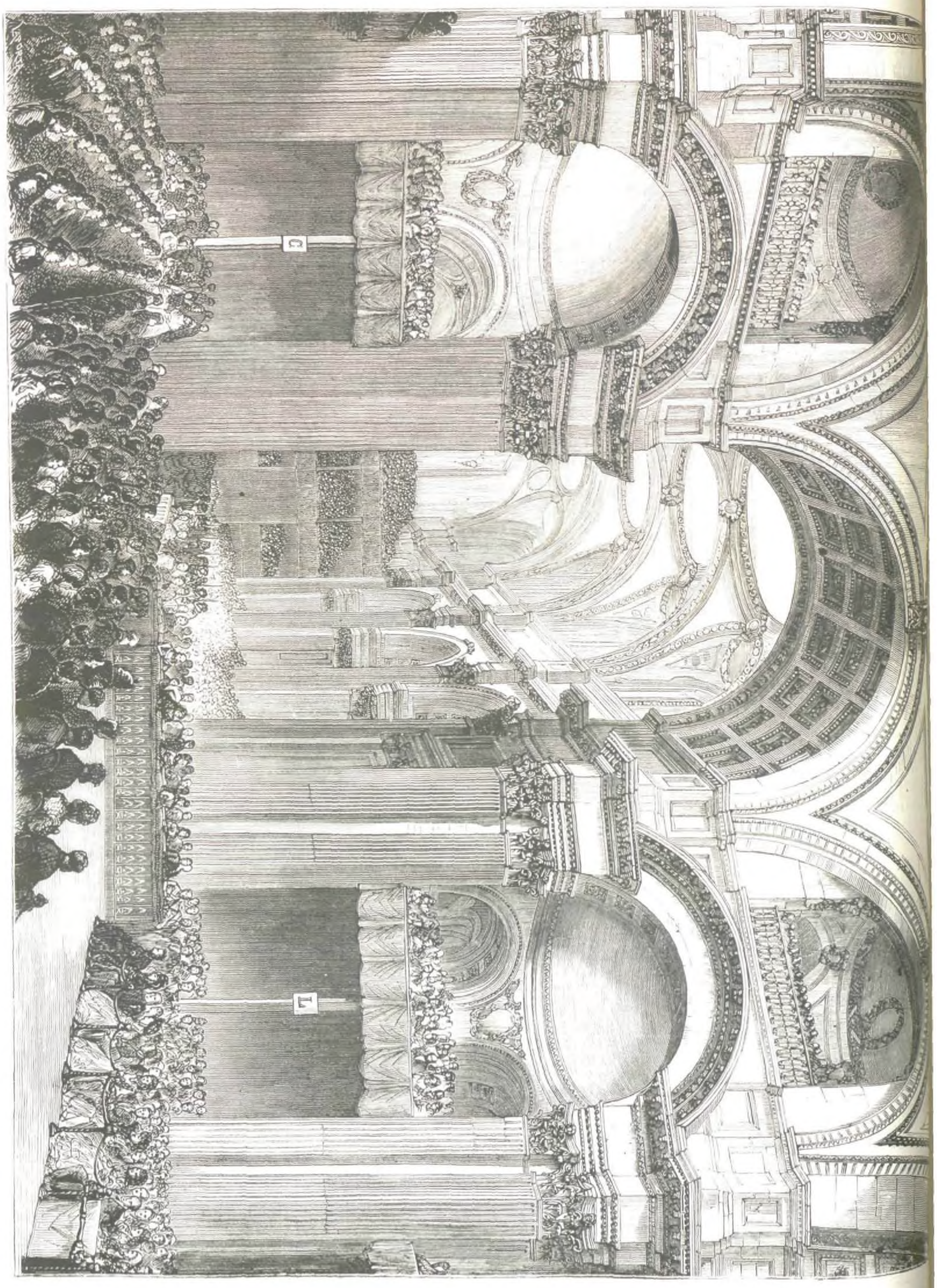
En muchas poblaciones de España celébranse suntuosas procesiones, con lúgubre aparato, y son famosas en todo el orbe católico las de Sevilla y Toledo.

Ya tuvimos ocasion de insertar en el núm. X de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de 1870, un largo y curioso artículo que describia aquellas minuciosamente: áun se recuerda en Sevilla la majestuosa pompa con que se verificaron en 1729, con asistencia del rey don Felipe V; y pocas veces se han hecho con mayor lucimiento que en 1850, cuando todas las cofradías se convinieron con la del *Santo Entierro* en formar una sola procesion, llevando sus mejores pasos.

Daba principio la escolta de la tropa de caballería, y los armados á caballo de la citada hermandad: seguia la cruz de la misma, el cuerpo de hermanos nazarenos, con cirios encarnados y bandera, bocinas y canastillas, y el paso ó andas de la Cruz; seguia la hermandad de la Oracion del huerto, con su paso é insignias; despues las del Prendimiento y Silencio, con sus nazarenos de túnicas blancas: las del Señor de la Pasion y la de la Cena, con sus pasos; las de la Exaltacion del Señor en la Cruz y de la Espiracion, con cirios morados.

En seguida iban las de las Tres Necesidades, Descendimiento de la Cruz y Sagrada Mortaja, con cera amarilla.

Luégo seguia el paso del Santo Entierro, rodeado de sacerdotes con casullas negras, y en las cuatro esquinas otros tantos reyes de armas.



LONDRES.—Interior de San Pablo, durante el servicio religioso por el restablecimiento del príncipe de Gales (pág. 191)

El doctor Livingstone, célebre explorador, extraviado en el Africa central.

Entre las diferentes cofradías iban tambien cuadrillas de sibilas, verónicas, niños, soldados, ángeles, etc., etc., cada una vestida con ricas telas de diversos colores, que formaban variado contraste.

Cerraban la marcha el clero, las autoridades, las músicas, y una lucida escolta de caballería é infantería.

De esta manera se ha venido celebrando en Sevilla, hasta la época presente, la majestuosa procesion del Viernes Santo, cuya fiesta lleva á aquella ciudad innumerables gentes, no solo de España, sino del extranjero.

Un dibujo alegórico de estas solemnes festividades religiosas ofrecemos en la pág. 184, hecho por nuestro colaborador artístico don Isidoro Gil.

EL DOCTOR LIVINGSTONE,

EXPLORADOR DEL ÁFRICA CENTRAL.

Desde que el intrépido viajero francés M. Adolfo Delegorgue inició, en 1840, la exploracion del Africa central y del Sud, en cuyas incultas é inhospitalarias regiones permaneció siete años, entre los cafres y los amazolous, alimentándose, como él dice en sus *Memoires*, con *beefsteaks* de hipopótamos y *côtelettes* de rinocerontes, muchos europeos ilustrados han seguido las huellas de aquél, para tener á dicha señalar con un punto ó una línea, en el mapa del continente africano, un nuevo lago ó rio, una poblacion desconocida, un monte de que no se tenian noticias.

Verdaderos mártires de la ciencia geográfica, expuestos continuamente á las asechazas de los desconfiados indígenas de los países que recorren, pocos son los que vuelven á Europa, y muchos los que perecen desastrosamente.

Años hace ya que el insigne doctor Livingstone, cuyo retrato, copia de fotografía, publicamos en esta página, sabio inglés de universal renombre, abandonó una cátedra que desempeñaba en la metrópoli del Reino-Unido, para dedicarse por completo á la exploracion del Africa central.

«Vergüenza me causa—dijo á sus compañeros de enseñanza—ser profesor de geografía, y no conocer aún los rios, los lagos, los montes, las poblaciones que existen en el interior del continente africano: este vacío en el mapa no debe existir, y yo me siento con fuerzas para llenarle.»

Partió el doctor; internóse en los desiertos africanos; dirigió luminosos escritos á la Real Sociedad de Geografía y á la Suprema Cámara de Comercio de Lóndres; fijó la verdadera posicion de no pocos lugares, y llevó á cabo felizmente importantísimos descubrimientos.

Pero de repente quedaron en suspenso las cartas, hácia el mes de Diciembre de 1869, y nadie volvió á tener noticias del infatigable explorador; en varias ocasiones fueron enviados al Africa, en busca de M. Livingstone, algunos hombres atrevidos; mas todos volvieron á Inglaterra, despues de inútiles pesquisas, sin la menor esperanza.

Las últimas cartas del geógrafo estaban fechadas en una poblacion desconocida, á treinta y cuatro leguas al Sud de Tombouctú, la gran ciudad del Africa central.

Los ingleses consideraron desde luego como punto de honra averiguar el paradero de aquél; y á una carta que dirigió al *Morning-Post*, con fecha 14 de Enero último, el jóven Livingstone, hijo, estudiante de medicina en la Universidad de Glascow, respondieron inmediatamente no pocas personas distinguidas y algunas corporaciones, comprometiéndose á sufragar los gastos de una expedicion, en busca del perdido explorador.

Esta se organizó en seguida, y en la mañana del 12 de Febrero zarpó del puerto de Lóndres un *screw-steamer* de 1.118 toneladas y fuerza de 150 caballos, el *Abydos*, capitan Cumming, con rumbo para Zanzíbar.

Tres son los jefes de la expedicion: el teniente de navío Mr. Dawson, individuo de la *Royal Geographical Society*; el de igual clase Mr. William Hem, y el jóven Mr. William Oswald Livingstone, que toma parte en ella como voluntario.

Este jóven nació en Africa, en 1851; y cuando apenas tenia siete años, acompañó á su padre en la famosa

exploracion de Zambesi, de la cual consiguió muchos beneficios la ciencia geográfica, no sin que corrieran grandes peligros las vidas de los exploradores.

Hay noticias de la feliz llegada del *Abydos* que pasó por el canal de Suez el dia 23 de Febrero) á Zanzíbar, en cuyo punto desembarcaron los expedicionarios para comenzar sus correrías de exploracion, custodiados por 150 soldados del sultan de aquel punto.

Pronto se habrán de saber los resultados; pero no ocultaremos que la opinion general en Inglaterra es que el doctor Livingstone ha sido asesinado por los salvajes indígenas del interior del Africa.

¡Otro mártir de la ciencia y de la ilustracion!

MATER DOLOROSA,

CUADRO DE M. CHARLES VERLAT.

No puede mirarse sin emocion profunda la hermosa lámina, llena de uncion cristiana, de sentimiento religioso, que publicamos en la pág. 185.

Esa imágen de la Vírgen al pié de la Cruz, delante del cuerpo frio de su divino Hijo, parece ser la personificacion del dolor y de la desventura: como si se oyesen sus quejumbrosos ayes y se viesen correr sus lágrimas.

Copia es de un selecto cuadro, pintado por el artista aleman Mr. Charles von Verlat, de Weimar, y presentado en la Exposicion celebrada en Munich en 1867, con el título que sirve de epígrafe á este suelto: *Mater Dolorosa*.

Mr. Verlat se complace en dedicar su inspiracion artística á los asuntos bíblicos: pintó en 1862 el cuadro *Las vírgenes de Jerusalen*, y en 1864 expuso un magnífico lienzo, *Las Bodas de Caná*: ambas obras le acreditaron; pero el *Godofredo de Bouillon ante los muros de Jerusalen*, cuadro de grandes dimensiones que concluyó en 1866, y que hoy posee el Museo artístico de Bruselas, le dió reputacion envidiable.

El lienzo *Mater Dolorosa* fué adquirido por el gobierno bávaro, y creemos que hoy se admira en el Museo de Munich.

LIBROS NUEVOS.

Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia, por Adolfo Federico de Schack. Traduccion del aleman, por don Juan Valera, de la Real Academia Española: 3 tomos. Madrid: Duran.

Esta obra importante, cuya traduccion española empezó en 1867, se ha completado en Diciembre último, habiendo conseguido los juicios más favorables de afamados críticos y un dictámen de la Academia Española muy lisonjero y honrosísimo, así para el autor, como para el traductor señor Valera.

Los tomos que anunciamos no pueden seguramente incluirse en el número de los trabajos de corta vida ó poco fructuosos, sino que al contrario, han de ocupar principal sitio entre cuantos están destinados á honrar la edad presente. Porque la poesía y el arte, cuando se presentan con el ingenio y maestría que estos tomos entrañan, no solo embelesan la vida mágica del humano sentimiento y afectos, sino que llegan con fuerza incontrastable á crear ideas y conceptos fijos, concretos, permanentes y nobles, reuniendo tantas ventajas, que logran constituir elevadísimo y sublime asunto, digno del estudio asiduo y del culto y admiracion entusiasta de toda persona inteligente.

Schack es un poeta dramático y lírico de inmenso y agudísimo ingenio, con tanta riqueza de pensamientos cual patentiza el tomo de composiciones poéticas impreso en Berlin hace cuatro años, del que han salido varias ediciones; así como su tragedia *Die Pisaner*, publicada en este mes, y otras anteriores.

Pero además, nuestro autor figura entre los principales poliglotos, orientalistas y sabios de primer órden, puesto que conoce profundamente el sanscrito, el árabe y el persa, siéndole tambien familiares los idiomas modernos de Europa. Diplomático por la carrera que ha seguido Schack, despues de largos estudios en las universidades de Bonn, Heidelberg y Berlin, estuvo mucho tiempo en Egipto, Turquía, Palestina, Siria, Italia, Sicilia y España. En todas partes se dedicó á investigar monumentos, archivos y bibliotecas, resultando de tantos trabajos y meditaciones una série de obras importantes, á cuya enumeracion se renuncia aquí por la brevedad á que se ha de obedecer. Sólo mencionamos su *Historia de la Literatura y Arte Dramático de España*, en tres tomos y uno de suplemento; su *Teatro Español* (dos tomos), y su *Romancero Español y Portugués*.

El trabajo que ahora nos ocupa, que salió á luz hace siete años en idioma aleman, ensalza á España con verdadero amor; pues aunque trata de obras árabes, son éstas al fin de españoles mahometanos, que patentizan que nuestra tierra, aunque con mucha gente perezosa, siempre ha sido fértil en grandes ingenios, y sus habitantes muy dispuestos para las ciencias y para todas las creaciones del espíritu. Schack ha analizado la cultura del pueblo árabe español, de cuyo buen gusto en artes dan brillante testimonio sus obras de arquitectura, tan bellas como originales, y reanima los salones de los alcázares arábigos, así con las figuras de los hombres que en otra edad discurrian por ellos, como tambien con los cantares que entónces allí resonaron.

La obra de Schack es la primera que se escribe sobre un asunto no tratado hasta ahora, y solo su laboriosidad, fuerzas ó ingenio han podido comprender la monstruosa magnitud de este ramo de la literatura y dar cima á empresa tan gigantesca. Schack dice con modestia que su trabajo es incompleto; mas sin embargo, el mismo tacilita extraordinariamente, á los que no son orientalistas, la entrada en una region literaria hasta hoy del todo inexplorada, y forma un precioso museo de joyas monumentales coleccionadas con gusto exquisito y superior criterio entre la inmensa multitud que la poesía arábigo-hispana presenta.

Este trabajo reviste mayor interés, porque liza el estudio del arte arquitectónico árabe con el de los poetas del mismo pueblo, tomando los datos necesarios al efecto solo de manantiales arábigos, mientras que todas las anteriores obras referentes á dicha arquitectura han sacado sus noticias de los errores de Conde y demás autores que ninguna fé merecen.

Así pone Schack en claro esta parte interesante de la historia artística, describiendo además la comarca donde ha florecido la arquitectura arábiga, para caracterizar sus creaciones tan estrechamente unidas, cual nadie ignora, á la naturaleza circunstante, cuyo mágico encanto no aventaja, segun nuestro autor, ningun otro paisaje ni lugar alguno de la tierra.

Semejante mágia ha inspirado sin duda las diversas clases de poesías, y principalmente los cantos de amor en que tanto abundan estos tomos llenos de variedad extraordinaria, de tales composiciones, ahora largas y argumentadas, cual novelas en verso; ahora en forma de idilio ó madrigal; ó bien presentándose estrofas doloridas y eróticas, breves epigramas siempre con multitud de versos conceptuosos y galantes de citas, desdenes, ausencias, celos y lúbricos arrobos. Hay en algunos lamentos amorosos tanta sensibilidad y delicadeza y trases tan poéticas, que es seguro que si antes se hubieran conocido sus autores, habrian alcanzado fama imperecedera.

El señor Valera, poeta doctísimo, nutrido con copioso alimento literario, y ese de la mejor especie, con grandes fuerzas para digerir y asimilarse el buen sustento en que se ha cebado, acredita en esta traduccion la calidad superior y exquisita bondad del régimen que ha seguido para robustecer su elevada constitucion mental. El académico español vierte á su idioma tan maestramente la prosa y versos de estos tomos, que parece aquella por lo castiza, clara y elegante, debida á la pluma de fray Luis de Granada, y éstos obra de algun poeta del siglo de oro de nuestra literatura, merced á la admirable perfeccion que entrañan.

Es indudable que la obra que brevemente hemos anunciado forma hermosísimo monumento levantado á la cultura de uno de los pueblos mas dignos de estudio en el mundo entero. Estos tomos son los más amenos, útiles é instructivos de cuantos últimamente se han publicado en España sobre asunto de tanto interés é importancia. El señor Valera ha prestado gran servicio á su patria, enriqueciendo con esta traduccion de mérito tan extraordinario, el caudal de laureles históricos y artísticos con que España se engalana.

Pocas obras habrá que tanto merezcan la proteccion del público como la que dejamos anunciada, ni que interese hasta el punto elevadísimo á donde llega este trabajo, que todos deben adquirir y leer, con lo cual de seguro han de calificarle de una de las más exquisitas y preciosas joyas entre cuantas pueden enriquecer la mejor biblioteca.

Estudios Críticos sobre Literatura, Política y Costumbres de nuestros Dias, por don Juan Valera, de la Real Academia Española: 2 tomos en un volumen elegantemente encuadernado. Madrid: Duran.

Algunas observaciones en el primer anuncio del presente artículo indican que apreciamos en el traductor, cuyo nombre queda ántes puesto, un ingenio agudo y claro, y una instruccion donde compite lo vasto con lo profundo. Si faltasen pruebas que certifiquen la justa verdad de semejante opinion sobre el señor Valera, podríamos aducir cual una de tantas plena y perfecta, presentar de testigo, por cierto abonado, el precioso volumen cuyo título está suscrito.

Estos estudios son de asuntos que, además del interés coetáneo, entrañan un valor grande y permanente para toda clase de lectores, merced á lo variado, ameno de las materias que tratan. Tienen el mérito de la brevedad, y de la pura perfeccion y sencilla hermosura de la frase. Hay siempre en nuestro autor buena fe, amor á lo natural y á lo justo, obedeciendo de una manera constante el señor Valera, si bien al través de sus dudas y contradicciones, á un pensamiento fijo y seguro, sobre materias literarias y políticas principalmente. En las especulaciones filosóficas parece nuestro académico algo vacilante; mas esto no empece el agudo, crítico y penetrante ingenio con que brillan las polémicas, artículos y ensayos de la obra que anunciamos.

Cuanto escribe el señor Valera lleva gracia, cultura y espontaneidad. Aunque adorador, idólatra de la forma, únicamente rinde culto á la forma íntima espiritual, á la estructura, no al atildamiento nímio, pueril y afeminado. En todos estos estudios ligeros y variados resplandece la limpieza, sobriedad y sencilla elegancia con que escriben muchos y muy pocos alcanzan.

Añádase á lo dicho que la erudicion no es en nuestro señor Valera el complicado almacenaje que distingue á tantos sabios, y que además dicho académico está dotado de la inapreciable calidad para encontrar el lado amenos y agradable de todas las cosas, áun de las más severas, y lo que, merced á su gran talento, sabe convertir la historia, la filosofía, la crítica y la política,—ciencias todas que, sin serlo, muchos hacen áridas y fastidiosas,—en sabrosos y simpáticos objetos de estudio, que á un tiempo enriquecen el pensamiento y cautivan, arrastran y embelesan la fantasía.

El éxito lisonjero y extraordinario que han tenido estos tomos á que estas líneas aluden, prueban, mejor que cuanto se pueda escribir, el gran valor que encierran, y que en su línea son notables y recomendables hasta el más alto grado.

Compilacion del Consul Francisco Verdugo, de la Guerra de Frisia, en xiv años que fue Gobernador y Capitan general de aquella tierra y Ejército por el Rey Don Felipe II. Nuestro Señor. Tomo I de la *Coleccion de Libros Españoles Raros ó Curiosos*. Madrid: 1872.)

De las relaciones manuscritas que dejó Verdugo sobre la guerra de Frisia, los ejemplares son muy raros, y la edicion que ahora anunciamos, debida al inteligente autor señor Duran, reproduce el texto impreso, publicado por Velazquez de Velasco, quien omitió bastante de lo escrito por Verdugo, cuyo trabajo completo habrá tenido aún más valor que el mucho y grande que presenta en el segundo tomo de la notable *Coleccion de Libros Españoles Raros ó Curiosos*.

Al presente volumen acompañan por apéndice algunos documentos sobre los soldados españoles amotinados, disciplina de la infantería y otros asuntos; pero carece de todo linaje de notas é ilustraciones, tan oportunas en libros de esta clase, y las cuales habrian aumentado extraordinariamente la importancia é interés de semejante reimpresion.

Sin embargo, no puede negarse que este tomo la da empenar mucho la atencion, habiendo salido á luz con grandísima oportunidad, y mayormente ahora que los que estudian la dominacion española de los Países Bajos. Sobre tal asunto las obras modernas de los alemanes Neudecker, Koch y la de Holzwarth, terminada en Febrero último, así como la del holandés Alberdingk-Thym y otras, promueven controversias acaloradas y reñidísimas debates. Los citados defienden al catolicismo, alegando con pruebas auténticas, ántes ignoradas, que el levantamiento en aquella comarca contra España fué contrario á la voluntad del pueblo, y obra de aristócratas intrigantes, hambrientos de influencia, sedientos de riquezas y poder. Motley, en su célebre obra sobre la república holandesa, y otros escritores impugnan á dichos escritores católicos, porque antepusieron su religion á la patria y á la libertad, y aseveran que el pueblo holandés combatia contra España por deseos de independencia nacional, religiosa y política.

El comentario de Verdugo contiene algunos datos curiosos respecto á la manera,—desgraciadamente bastante imperfecta,—que tenia España entónces de administrar, gobernar y guerrear en los Países Bajos. Todos deberán leer dicha obra, y de ella y de otras juntamente deducir que, si bien con faltas los españoles en aquellos

tiempos, eran, no obstante, superiores á los de la presente época.

El Libro del Propietario, por el doctor don Manuel Danvila, abogado del ilustre colegio de Madrid y Valencia, ex-diputado á Cortes, y socio de mérito y número de la Economica de Amigos del País de la misma. Precedido de un prólogo por el doctor don Eduardo Perez Pujol, rector de la Universidad de Valencia: 3.ª edicion, notablemente revisada y aumentada. (Madrid, Duran: 1872.)

Los propietarios tienen en este libro cuanto necesitan consultar para saber la extension de sus derechos y obligaciones, así como la manera de ejercitarlas y cumplirlas. En la obra que anunciamos, de 1.023 páginas, se concuerdan nuestras antiguas leyes con lo dispuesto en el proyecto de Código civil. A más de la parte legal y concordante, en cada título están aplicadas las disposiciones de la ley hipotecaria, y se indica la jurisprudencia establecida por el Tribunal Supremo de Justicia.

Resulta, pues, reunido cuanto tiene relacion más ó ménos directa con la propiedad; presentándose todo esto en el libro del señor Danvila tan completa, metódica y claramente, que forma el mejor tratado que hay en España sobre la materia, así en la esfera del derecho civil como del administrativo, lo cual hace que dicha obra sea indispensable, no solo para los propietarios, sino además para estudiantes de jurisprudencia, abogados, funcionarios públicos, diputados y senadores.

EMILIO HUELLIN.

LÓNDRES.

FIESTAS PÚBLICAS EN HONOR DEL PRÍNCIPE DE GALES.

Ya hemos hablado (en la *Revista general* del número X) de las fiestas celebradas en la capital del Reino-Unido, el dia 27 de Febrero último, con motivo del restablecimiento del augusto heredero del trono; mas permitasenos, puesto que hoy ofrecemos á nuestros lectores un grabado alusivo en la pág. 188, hacer una breve descripcion de las mismas,—teniendo á la vista cartas de nuestros corresponsales y periódicos de la capital.

Desde las nueve de la mañana las gentes inundaban las calles, y aparecian en ellas, en confusion inusitada, el mundo aristocrático, la clase media engalanada, los obreros y esa multitud de caricaturas, si así puede decirse, que solo existen en las grandes ciudades, en Lóndres principalmente, donde las creaciones de los pintores humorísticos,—escribe un corresponsal,—parecen descoloridas comparadas con la realidad.

La comitiva oficial, reunida en el palacio de Buckingham, en Saint-James-Park, donde habita la reina Victoria, salió á las doce en punto, en nueve carruajes de gala, tirados por poderosos y gallardos troncos *pur sang*, como solo se ve en Inglaterra.

Buckingham-Palace es un vasto edificio construido por el fastuoso privado del desgraciado Cárlos I, con museos de pintura y escultura y biblioteca, deliciosos jardines, y un estanque grande y profundo.

En los primeros coches iban los gentiles hombres de los hijos del príncipe de Gales, la alta servidumbre de éste y de la reina Victoria, y los dignatarios que llevaban (segun vieja costumbre en Inglaterra) los atributos de la corona: el octavo coche conducia á los hijos varones del príncipe de Gales; y en el noveno, carretela de doble suspension, iban la reina Victoria, la princesa de Gales, la princesa Beatriz, el príncipe de Gales y su hijo mayor, el príncipe Alberto Víctor.

La reina vestia un elegante traje de terciopelo negro, y sombrero de la misma clase: estaba pálida, tal vez á causa de los disgustos, áun no olvidados, que le tuviera sufrir la enfermedad del príncipe, su hijo y heredero de la corona, y miraba á este con expresion de intenso cariño; la princesa de Gales y la princesa Beatriz vestian tambien, como la reina, ricos trajes de terciopelo negro, y en el rostro de ambas se reflejaba la satisfaccion que sus corazones sentian, con la brillante muestra de cariño que el leal pueblo de Lóndres tributaba á la real familia.

El príncipe de Gales, objeto principal de la ovacion del público, llevaba el uniforme de general de marina, y sus facciones descoloridas, aunque llenas de animacion, demostraban lo mucho que el augusto habia padecido en la cruel enfermedad.

Precedia á todos los coches un brillante Estado Mayor, con uniformes grana y oro, y marchaban detrás, en formacion correcta, los Guardias de la reina, con vistosos uniformes, y cuatro regimientos de lanceros, húsares y cazadores.

El entusiasmo del pueblo era indescriptible, y dió un solemne mentís á los que suponen próximos trastornos en la Gran Bretaña, ocasionados por los demagogos.

Todos los hombres llevaban en el ojal de la levita escarapelas encarnadas, con el penacho de los colores del príncipe, y las señoras más elegantes, lo mismo las de la aristocracia que las de la clase media y las del pueblo, ciudas y gasas de iguales colores.

El cortejo atravesó White Hall, Trafalgar-Square, Charing-Cross y el Strand, que desemboca en la vieja City, donde fueron entregadas á la reina las llaves de la ciudad.

Continuó por Ludgate-Hill, y entró en la iglesia de San Pablo por la puerta del Noroeste.

No puede describirse el espectáculo que ofrecia el interior de la iglesia,—de esa masa gigantesca que hace recordar el San Pedro de Roma, el Panteon de París y la Santa-María *del Fiore* de Florencia.

Allí estaban reunidos los miembros de la omnipotente aristocracia inglesa, de la magistratura, de la representacion nacional, de la armada, de la diplomacia, del foro, de las letras, de las artes, etc.

Cantose un solemne *Te-Deum*, compuesto expresamente para esta festividad por sir John Gross, y á las cuatro de la tarde, concluido ya el servicio religioso, volvió la comision, entre las frenéticas aclamaciones de la muchedumbre, á Buckingham-Palace.

Una cosa se ha notado esencialmente en la fiesta que ligeramente acabamos de describir: en medio de la diversidad de creencias que hay en Lóndres, de costumbres, de hábitos, de educacion, de necesidades, un pensamiento único dominaba al pueblo inglés: el sentimiento monárquico, el amor á sus reyes.

El dia 27 de Febrero fué considerado en la gran metrópoli inglesa como un *holiday*, como una fiesta nacional y patriótica.

Nuestro citado grabado representa el aspecto que ofrecia el interior de la iglesia de San Pablo, durante la celebracion del *Te Deum*.

TRADUCCION

de las inscripciones de las llaves, llamadas de San Fernando, que se conservan en la catedral de Sevilla.

En el relicario de la Santa Iglesia catedral de Sevilla se guardan y enseñan, con sus numerosas reliquias y alhajas de gran mérito y valor, dos llaves antiquísimas de forma elegante y caprichosa; una con inscripciones hebrea y castellana; otra con una sola inscripcion arábiga; una de plata, que, en sentir de graves autores, fué entregada al Santo Rey á su entrada triunfal en Sevilla; otra de hierro, y semejante á la anterior, la cual, segun Argote de Molina, es la misma que Axataf presentó al Santo Rey en aquella ocasion solemne.

No es nuestro propósito indagar el origen de ambas llaves, asunto muy controvertible y controvertido, sino estudiar é interpretar sus inscripciones.

Dos dibujos se han publicado de estas llaves: uno en las *Acta vitæ Sancti Ferdinandi regis Castellæ et Legeonis*, por Papebrochio; y otro en los *Anales de Sevilla*, por Zúñiga: pero estampándose en esta última obra al revés el dibujo de la arábiga, es decir, que en vez de leerse de derecha á izquierda, hay que leerla de izquierda á derecha.

La llave hebrea tiene dos inscripciones; una castellana en sus guardas; otra hebrea en su anillo. Fácil es la lectura de la labrada en las guardas con caractéres góticos, que dicen así:

Dios abrirá
Rey entrará.

No es difícil la lectura y traduccion de la inscripcion del anillo, aunque está escrita en hebreo sin mociones ni puntuacion masorética. Dice así:

El Rey de los Reyes abrirá
El Rey de toda la fuerza entrará.

Así la tradujeron reclamente don Juan Lúcas Cortes y el padre Manuel de Mendoza, de la Compañía de Jesús, segun dice don José Maldonado de Saavedra Avila y Zuazo, en la obra inédita que escribió en 1672, con el título de *Discurso histórico de la Santa y Real Capilla de San Fernando de Sevilla*, rectificando con mucha razon la traduccion errónea que en la *Introduccion al repartimiento de Sevilla* publicó Argote de Molina, é hizo el doctor Diego de Palma, *grande hebreo, griego y latino*.

La dificultad consiste en la buena traduccion de la inscripcion que forma las guardas de la llave arábiga, y esta es la materia del presente escrito.

Esta llave es de forma sencilla y elegante; tiene un anillo mucho más pequeño que el de las comunes, y constituye su principal ornato la inscripcion árabe que forma sus guardas, del mismo modo que la inscripcion castellana forma las de la hebrea.

Los caractéres de la arábiga pertenecen á la escritura radical, porque no tiene el carácter *cúfico karmático* ornamentacion artística en sus nexos, prolongacion y forma, ni los gruesos que el *Thuluth*, ni el desenvolvimiento que el *Djeci*, ni la pesadez que el *Diwani*, ni las formas salientes y cursivas que el *Tudik*, ni la regularidad del *Nishi*.

En esta inscripcion se ven las figuras primitivas de las letras árabes sin adornos, sin mociones ó vocales, sin puntos diacríticos ó distintivos de las letras que tienen una misma figura radical.

Si difícil es la lectura y traduccion de muchas inscripciones cúficas, ya cuadrangulares, ya karmáticas, áun lo es mucho más cuando, como en la presente, las letras constitutivas de las palabras están tan caprichosamente colocadas, que se han intercalado en unas, letras de otras palabras; se han puesto además unas sobre otras, y áun se han hecho enlaces, poco conformes á las reglas de la caligrafía árabe. Ejemplos de este género de escritura, con más ó ménos libertad, se ven en inscripciones caligráficas monumentales, en portadas de Códices y de libros árabes impresos. En árabe radical, sin vocales y sin puntos diacríticos, y con esa colocacion caprichosa de las letras, está labrada la inscripcion que forma las guardas de esta llave.

¿Cuál es la verdadera y genuina traduccion de esa inscripcion?

Tres son las traducciones de que tenemos noticia.

1.º La de *Dios abrirá, Rey entrará*, segun las siguientes palabras de Zúñiga en su *Anales de Sevilla*, t. I, pág. 53, edicion de 1795: *Otra llave tambien notable, aunque muy desemejante en la materia, que solamente es de hierro, pero muy parecida en la traza y fábrica, y caladas las guardas de caractéres arábigos, que algunos entendidos en este idioma han interpretado del mismo sentido de la otra ¡Dios abrirá, Rey entrará! tiene hoy en su poder, etc.*

2.º *Permita Alá que dure eternamente el imperio del Islam en esta ciudad*, segun afirma el señor Amador de los Rios, refiriéndose á la autoridad del señor Gayangos, en la pág. 146 de la obra que aquél publicó con el título de *Sevilla pintoresca*, donde dice lo siguiente: *La llave de hierro que es la verdadera árabe, la que fué entregada por Axataf á Fernando III, léjos de contener la leyenda que la de plata encierra en sus guardas, ofrece las siguientes palabras: «Permita Alá que dure eternamente el imperio del Islam en esta ciudad.»*

3.º *Dure por siempre ¡esta llave! por la gracia de Alá*, segun afirma el mismo señor Amador de los Rios en la nota de la pág. 33 de su obra *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España*, donde se ve lo siguiente: *La inscripcion de la llave que Axafat entregó al rey don Fernando conforme con la verdad histórica, está concebida en estos términos.* Aquí pone el señor Amador en carácter árabe niskí la inscripcion que supone tienen las guardas, y en seguida añade: *vertido al castellano dice: Dure por siempre ¡esta llave! por la gracia de Alá.*

Viendo nosotros la contradiccion en las traducciones hechas, y por orientalistas autorizados, nos dedicamos al estudio de la inscripcion, y nos hemos convencido de que ninguna de aquellas es exacta.

No es la primera vez que los orientalistas más distinguidos están discordes en la verdadera lectura y buena traduccion de una inscripcion árabe; ni es tampoco la primera vez que ocurren dudas y controversias sobre monumentos de esta clase.

Sirva de prueba la siguiente nota, que don Pablo Lozano y Casela pone en la pág. 34 de su traduccion de la *Tabla de Cebes*. Dice así: «*Muchos son los ejemplares que se pudieran citar de la discordancia de los intérpretes en la version de inscripciones*

árabes; pero valga por todas la de los letreros de la cátedra que se conserva en la iglesia de San Márcos de Venecia, y que se dice haber servido de silla á San Pedro en Antioquía: hecha por dos sugetos igualmente versados en lengua árabe, quienes ni en una palabra van conformes, leyendo uno versículos de los salmos de David, y otro versículos del Coran.»

Los errores cometidos en la traduccion de las inscripciones proceden: primero, de la dificultad de la inscripcion misma, como sucede en la ántes citada y en la de la llave arábiga. Segundo, de la ligereza ó falta de estudio, ya para fijar su verdadera lectura, ya para la más recta interpretacion. Tercero, de los errores cometidos por el lapidario, por el escayolista ó grabador, segun la materia en que está labrada la inscripcion; así se ve en la de San Juan de la Palma de Sevilla, donde se nota la errata de un *alef* importante. Cuarto, de la ignorancia de los que se han atrevido á restaurar lo que no entienden, como ha sucedido en todas las restauraciones hechas en el alcázar de Sevilla, desde la primera, en tiempo de Cárlos V, hasta la última, que se hizo en estos últimos años; restauraciones que son verdaderas destrucciones de las inscripciones árabes, y padrones de ignorancia de la ciencia y del arte, porque se han destruido unas leyendas, porque se han puesto al revés otras, porque se han figurado caractéres que ni son árabes ni significan nada, segun se ve en la reja que circunda la puerta principal del alcázar, llegando la ignorancia al extremo de desconocer nuestro carácter gótico; porque al restaurar la inscripcion que en esta forma de escritura tiene la puerta de entrada al salon de embajadores, se figuraron mamarrachos en vez de letras, ó se pusieron letras al revés. De estos atentados contra la ciencia y el arte di cuenta cuando se estaba haciendo la última restauracion: primero al superintendente de la real casa, y despues al gobierno por conducto del señor rector de esta Universidad literaria. La destruccion continuó, y allí están los despojos que hizo.

Obra es tambien de la impericia la traduccion de la última inscripcion publicada en el tomo III de la *Historia de los árabes*, por Conde, pues en vez de poner la verdadera, se puso una traduccion que corresponde sin duda á otra inscripcion.

La quinta causa de los errores en la interpretacion de estas inscripciones, es la mala fé con que por no confesar la falta de aptitud ó la dificultad invencible ó gravísima de la inscripcion, se da una interpretacion falsa y arbitraria. Sirva de ejemplo la traduccion de la inscripcion cúfica que hay en el muro de la iglesia de San Juan de la Palma de Sevilla; traduccion que no contiene ni una palabra de verdad, traduccion que allí se puso grabada en mármol blanco, y que á pesar de haber yo publicado la verdadera interpretacion y protestado contra esta supercheria, allí existe al lado de la arábiga, revelando á voces nuestra apatía y haciéndonos pasar por ignorantes á los ojos de los orientalistas extranjeros.

No son, en verdad, ni la ignorancia, ni la falta de estudio, ni de competencia de los que han dado la traduccion de las guardas de la llave arábiga ántes que nosotros, la causa del error cometido; es la dificultad misma de la inscripcion; dificultad que acaso hemos logrado vencer nosotros, no porque nos creamos superiores, ni aun iguales, á los distinguidos orientalistas que la han traducido, sino porque hemos sido más afortunados en las combinaciones que es necesario hacer con frecuencia para atinar con la verdadera lectura, y para hacer una buena traduccion de inscripciones que carecen de puntos diacríticos.

Hé aquí, por último, cuál es en nuestro concepto la verdadera traduccion de la inscripcion contenida en las guardas de la llave arábiga:

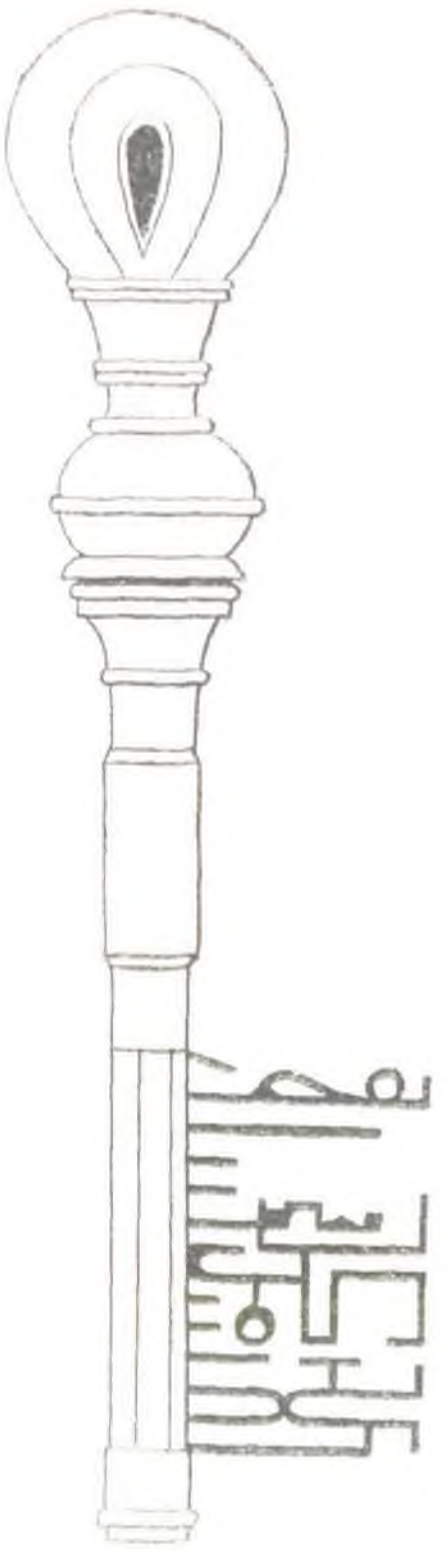
EN LA CASA DEL REY, LA PAZ.

A pesar de que cuanto más analizábamos la inscripcion, más nos convencíamos de que no podia decir lo que afirmaron los que la tradujeron ántes que nosotros, y de que nuestra traduccion era legítima y la única posible, consultamos nuestra opinion con dos orientalistas distinguidos, á los cuales remitimos: primero, un dibujo exacto de la llave; segundo, nuestra traduccion; tercero, el análisis caligráfico, analógico y sintáctico de la inscripcion.

El asentimiento y aprobacion de estas dos autoridades han afirmado nuestro juicio, y con tan respetable garantía le ofrecemos al público.

Los peritos en la lengua árabe comprenderán que los caractéres radicales de la inscripcion no pueden nunca formar palabras que expresen en castellano ninguna de las traducciones hechas ántes. El señor Amador de los Rios traslada en caractéres *niski* la inscripcion de las guardas; pero como esta traslacion no es la de las palabras que se contienen en la inscripcion, resulta que áun cuando sea exacta la traduccion de lo que puso en *niski*, no siendo esto lo que la llave contiene, ni es, ni puede ser exacta la version.

La traduccion *En la casa del rey, la paz*, además de ser exacta, es la más propia para una llave, símbolo de la casa, sobre la cual, segun la costumbre de



SEVILLA.—Llave de San Fernando, custodiada en el relicario de la Catedral (pág. 191).

los pueblos de Oriente, se invoca la paz; y así viene haciéndose todavía entre nosotros, que no faltan pueblos en España donde al entrar en una casa se hace esta salutacion:—*La paz sea en esta casa*, conforme en un todo con los ejemplos que encontramos en los libros sagrados.

Importa mucho advertir ántes de terminar: 1.º que en la inscripcion arábiga que forman las guardas de la llave, se observan en la estructura de algunas letras alteraciones que dan lugar á la confusion; 2.º que esto y la intercalacion de algunas letras se hizo acaso con el fin de que la inscripcion fuera más caprichosa, pudiendo leerse de derecha á izquierda y de izquierda á derecha siempre con la misma significacion, si bien teniendo que permitirse algunas licencias é inexactitudes no pequeñas.

Si algun orientalista desea conocer el análisis de nuestra traduccion, se lo remitiremos con la numeracion y explicacion de todos los signos.

Dispuestos estamos á aceptar las rectificaciones que se comprueben con datos y razones filológicas; que importa mucho fijar la recta interpretacion de este monumento, é ir haciendo restauraciones necesarias para no aparecer descuidados en el estudio de nuestras antigüedades.

LEON CARBONERO Y SOL.

ADVERTENCIA.

Con el presente número terminan los abonos del primer trimestre de este año, y rogamos á los que no terminen continuar honrando con sus nombres la lista de señores suscritores, dirijan sus órdenes de renovacion á esta Administracion, Carretas, 12, Madrid, á fin de que no sufran retraso en el recibo de sus números.

Advertimos que los señores que hagan su abono por el resto del año, recibirán á correo vuelta, de regalo, el libro que hemos hecho con este objeto titulado

CUADROS CONTEMPORÁNEOS

escrito por el señor de Castro y Serrano, cuyo precio para los no suscritores es el de 28 rs. en provincias y 60 en Ultramar.

EL ADMINISTRADOR.

ANUNCIOS.

EAU DES FÉES, AGUA DE LAS HADAS. Tintura progresiva para los cabellos y la barba. *Nada hay que temer al emplear esta agua maravillosa*, de la cual se ha hecho propagadora *Mme. Sarah Fé*.—Depósito general: en Paris, 43, rue Richer.

Depósito en los establecimientos de los principales Peluqueros y Perfumistas de España y América.

VELUTINA CHARLES FAY. *La Velutina* es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—*La Velutina es adherente, impalpable* y absolutamente invisible; así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja.

La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas, y en casa del inventor

CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en Paris.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 4, compuesto por don Vicente M. Portilla (Méjico).

BLANCAS.	NEGRAS.
1.º D 5 T R.	1.º D toma D. (a)
2.º T 1 A R, jaque.	2.º R 7 R. (b)
3.º C 3 C R, mate.	
(a)	
1.º	1.º A o C toma T.
2.º C 3 A R, jaque.	2.º R juega.
3.º D toma D, y mate.	
(b)	
2.º	2.º C 8 R.
3.º C 3 A R, mate.	

PROBLEMA NUM. 5.

Compuesto por Mr. Conrad Bayer (París).

NEGRAS.

BLANCAS.

Juegan y dan mate en cinco jugadas (1).

(1) Llamamos sobre este problema, que es muy interesante, la atencion de nuestros lectores.

MADRID: — IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 29.